

666

EL NÚMERO SAGRADO
DE LA DIOSA

Juan Rosado Velasco

sepha

666

EL NÚMERO SAGRADO
DE LA DIOSA

Juan Rosado Velasco

sepha

666

EL NÚMERO SAGRADO
DE LA DIOSA

Libros Abiertos

666

EL NÚMERO SAGRADO
DE LA DIOSA

Juan Rosado Velasco



sepha

Primera edición, noviembre de 2008

© Juan Rosado Velasco, 2008

© SEPHA Edición y Diseño, SL., 2008

Biedmas, 4

29008 Málaga

www.editorialsepha.com

pedidos@editorialsepha.com

Director editorial: Gonzalo Sichar Moreno

Revisión de textos: Manuel García Calderón

Diseño de colección: Julián Moreno Hidalgo

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN eBook: 978-84-96764-97-2

Depósito legal:

Imprime Lozano Impresores

Printed in Spain - Impreso en España

A Natividad, Nati. Hacen falta muchas vidas para conocer a alguien como tú. Yo he tenido la inmensa fortuna de hacerlo en ésta...

Para...

Acharya S.

David Bohm

Joseph Campbell

Fritjof Capra

Carlos Castaneda

Albert Einstein

Mircea Eliade

Stanislav Grof

Werner Heisenberg

Alejandro Jodorowsky

Carl Gustav Jung

Jiddu Krishnamurti

Ken Wilber

Y, especialmente, para el maestro de ceremonias que me presentó a la mayoría de ellos... don Fernando Sánchez -Dragó.

A todo ellos... gracias

INDICE

Presentación.....	19
I PARTE	29
Palabra de Dios.....	33
I.- En el principio fue el poder.....	35
II.- La lógica, espina clavada del cristianismo	45
III.- Orígenes históricos del judaísmo. Yahvé, Dios de los Ejércitos.....	49
1. Sumerios, semitas y arios.....	50
2. El monoteísmo hebreo.....	54
3. Divisiones en el reino de David. <i>Guerras Santas</i> ...	60
IV.- El temor como dogma esencial. Justicia divina de Jehová.....	63
V.- Astrología en la Biblia. Era de Piscis. El pez de los cristianos	23
1. Orígenes de la Astrología.....	69
2. La Astrología en la Biblia	72
3. El simbolismo del pez en el cristianismo	75
4. Simbología astrológica. Precesión y equinoccios ..	76
5. Influencia de los cultos lunares.....	80
6. Representaciones zodiacales	80

VI.- Contexto histórico de la llegada del Mesías.	
Pablo de Tarso	85
1. Pablo de Tarso	91
2. Doctrina y pensamiento de Pablo de Tarso	97
3. El Pablo literalista y ortodoxo	97
4. El Apóstol de los gnósticos	101
5. ¿Literalista ortodoxo o gnóstico?	102
VII.- Orígenes del mito cristiano. De lo dionisiaco a lo apolíneo. Jesús “el Nazareno”	105
1. Los mitos, significado e interpretación.	105
2. <i>Kristianismo</i> primitivo. El mito de Jesús	110
3. El héroe salvador	112
4. El Jesús de los gnósticos.	115
5. El literalismo de la Iglesia. De lo dionisiaco a lo apolíneo	116
6. Advenimiento del Mesías. Profecías bíblicas	119
7. Jesús “el Nazareno”	121
VIII.- La creación del mito	129
1. Divinidades anteriores y similares a Jesús	130
2. Attis de Frigia	133
3. Buda	135
4. Dionisos/Baco	137
5. Horus/Osiris.	141
6. Krishna	144
7. Mithra	145
8. Zoroastro/Zaratustra	157
IX.- Rasgos comunes del Dios-Hombre	159
1. Fecha de nacimiento	159
2. Los discípulos	163
3. La Pasión: un mito lunar	165
4. La crucifixión. Simbolismo del crucificado	167
5. La Resurrección	170

6. Hierogamias: matrimonios sagrados	171
7. El bautismo	175
8. La cruz y el Árbol de la Vida († - ✕).	178
X.- La figura de Jesús	187
1. El Jesús histórico	192
2. Los esenios. El maestro de rectitud y justicia. Juan El Bautista.	192
XI.- Distintas caras del cristianismo. Rituales místicos paganos. Triunfo de la ortodoxia literal	203
1. Rituales místicos. <i>Daemon & Eidolon</i>	205
2. María la Virgen y María Magdalena. La Eucaristía	208
3. El carácter gnóstico del <i>kristianismo</i>	210
4. Luchas entre el gnosticismo y el cristianismo. Constantino “el Cristiano”	212
5. El triunfo del literalismo	214
XII.- Expansión del cristianismo.	217
1. El sentido de la virginidad. La concepción virginal.	226
2. La separación final hombre-mujer. El Pecado Original.	228
XIII.- La búsqueda del Grial	235
1. Teoría de la Relatividad y Teoría Cuántica. Fin del tiempo lineal.	238
2. Agujeros Negros.	245
3. El Experimento Aspect	246
4. Ciencia y Misticismo	252
5. La Conciencia.	256
6. Reflexiones finales	262
II PARTE.	264
XIV.- La Gran Diosa	269
1. El mito de la Diosa.	270
2. El culto a la Diosa	275

3. Diosas en la Antigüedad	275
4. La Diosa en la agricultura. Venus de la Fertilidad. . .	278
5. Nacimiento del patriarcado	281
6. La Diosa y el Hijo	284
7. El temor a lo femenino	286
8. Modelos arquetípicos de la Diosa	288
9. La Diosa en Canaán.	291
10. El renacimiento de la Diosa. El Rosario	293
XV.- El número sagrado de la Diosa: 666	299
1. El número 6.	303
2. El 666 como arquetipo	307
3. La Bestia: el Oannes caldeo.	309
4. Interpretaciones numerológicas y mitológicas	314
5. 666. Interpretaciones simbólicas	322
6. Consideraciones finales acerca del 666.	324
XVI.- Satán/Satanás/Azazel/Lucifer/Mujer:	
Distintos rostros para una misma imagen . . .	327
1. El Dragón	328
2. Ángel del abismo	331
3. Demonios: Satán y La Bestia	331
4. Lucifer	339
XVII.- Lucha contra lo femenino. Vírgenes Negras . .	345
1. El ciclo menstrual.	345
2. La sangre en el Santo Grial	346
3. El principio femenino en el gnosticismo	348
4. Jesús y María	352
5. Las vírgenes negras.	356
6. La misoginia de Aristóteles, Agustín de Hipona y Tomás de Aquino	358
XVIII.- La misoginia en la Biblia.	363
1. Sumisión de la mujer: esclava del marido	365
2. La brujería. Orígenes de la Inquisición.	371

3. Dominio absoluto del hombre. Violaciones bíblicas . . .	373
4. El feminismo machista.	376
XIX.- El sexo en la Biblia	381
1. La circuncisión	382
2. El sexo en el Antiguo Testamento. Divorcios bíblicos. . .	384
3. Interpretación cristiana del sexo. Consecuencias . .	389
XX.- El desprecio de la mujer en las religiones monoteístas	391
1. El desprecio de la mujer en el judaísmo	391
2. El desprecio de la mujer en el Islam	397
Conclusiones	417
1. Números y signos malignos.	435
2. Los enteógenos como indicadores	424
3. Consideraciones finales	429
Notas complementarias	435
Bibliografía.	497

A causa del culto exclusivo de la conciencia, nuestros tiempos son en tan alto grado impíos y profanos. Nuestra verdadera religión es un monoteísmo de la conciencia, una posesión por la conciencia, con una fanática negación de la existencia de sistemas parciales autónomos [...]. Nuestro tiempo incurre en un error fatal: cree poder criticar intelectualmente los hechos religiosos [...], que se pueden someter a una afirmación o negación [...]. Opinamos que debemos sentirnos halagados de haber alcanzado ya esas alturas de la claridad, pues parece uno haber dejado tras sí hace tiempo tales fantasmas de dioses. Pero lo que hemos superado son sólo los fantasmas de las palabras, no los hechos psíquicos que fueran responsables del nacimiento de los dioses.

Carl Gustav Jung⁽¹⁾

*Alma, buscarte has en Mí,
y a Mí buscarme has en ti.*

Santa Teresa de Ávila

Lo que somos hoy es consecuencia de nuestros pensamientos de ayer. Nuestros pensamientos de hoy están construyendo nuestra vida de mañana. Nuestra vida es una creación de nuestra mente.

Buda

En el cielo aprender es ver, en la tierra es acordarse.

Píndaro

Lo que no se hace consciente se manifiesta en nuestras vidas como destino.

C. G. Jung

Sólo como guerrero se puede sobrevivir en el camino del conocimiento. Porque el arte del guerrero es equilibrar el terror de ser hombre con el prodigio de ser hombre.

Carlos Castaneda. Viaje a Ixtlán

1. Jung, C.G. & R. Wilhelm. *El secreto de la flor de oro*. Ed. Paidós. 1955, pp. 50-51.

PRESENTACIÓN

*Fui al jardín del amor
y vi lo que nunca había visto:
habían construido una capilla en medio
donde jugaba yo en la hierba.
Y la puerta de la capilla estaba cerrada,
y en ella escrito «No debes»;
me volví, pues, al jardín del amor
donde crecían tantas dulces rosas.
Y donde antes había flores
sólo vi lápidas y tumbas;
entre las que rondaban sacerdotes de negra sotana
cercando con zarzas mis gozos y deseos.*

William Blake

Soy gnóstico, soy budista, soy taoísta, soy hinduista, soy jainista, soy sintoísta, soy sufi... soy *kristiano*. O, al menos, intento serlo desde el punto de vista de los valores que el *kristianismo*, en su más puro estado, representa: ese maravilloso compendio esotérico (entendido como la mezcla de los “misterios interiores” de la gnosis), mitológico, espiritual, iniciático y místico en el que se fundamentan sus principios, se asientan sus ideas y se anclan sus objetivos.

Creo firmemente que la vida es una mezcla de cuerpo y alma, de sangre y espíritu; es un momento maravilloso, divino, irremplazable; es el Tiempo del que disponemos para aprender a morir en el plano físico, para aprender a Nacer en el plano espiritual; es el periodo que se nos concede para alcanzar el Conocimiento, la Sabiduría, la Iluminación, la Paz Interior, la Liberación de los Sentidos, la Plenitud de la Conciencia, la

energía del *vril*, el Equilibrio con la Madre Naturaleza, el *pleroma* gnóstico, el *baqa* de los sufíes, el *satori* zen, el *shamadi*, el *moksha* hindú, la *kénosis* o la *Gloria* de los cristianos, el *fana* de los musulmanes, la *catarsis* eleusina, el *nirvana* budista (la «trascendencia de los vientos de la pasión»)... como quieran ustedes llamarlo o bautizarlo en función de sus propias creencias⁽²⁾.

Debemos aprovechar este Tiempo –con mayúsculas, ya que el tiempo, con minúsculas, no existe: es una mera ilusión que opaca la realidad del momento en el que se vive y que se convierte en el germen de la ansiedad⁽³⁾– que se nos ha regalado en toda su magnitud, en toda su grandeza. Perder el Tiempo es la peor de las ofensas, el peor de los sacrilegios que un hombre hace al *Ser*, a *Dios/a*, a la *Conciencia Universal* –es decir, al Universo– y que se hace a sí mismo. En palabras de Thoreau: «El hombre que no cree que cada día contiene una hora más temprana, más sagrada y rosada que la que él ya ha profanado, ha desesperado de la vida, y está avanzando por un camino descendente y oscuro.»

Sí, creo firmemente que hay algo –llamémosle, por simplificar conceptos, condensar ideas y ahorrar tinta: “Ser”, “Dios”, “Diosa”– que no sería más que «el Sustrato y la Meta más profundos de uno mismo, el amor con el que perdono» (Wilber *dixit*), el *anima mundi*, la Madre Naturaleza, el *Metropator* de los gnósticos, el Padre/Madre, el Abuelo Maternal, el *ELELLA*, el *Andrógino*, el que no es ni masculino ni femenino porque es ambas cosas a la vez. Creo que este Ser, masculino o femenino, singular o plural, gobierna las Leyes de la *Sincronicidad*⁽⁴⁾ y de la *Conciencia* que rigen

2. Para Joyce era el «luminoso éxtasis silencioso del placer estético», y Krishnamurti lo entendía como el proceso de aprendizaje para eliminar el Pensamiento incesante y convertirnos en meros observadores del curso de la vida.

3. Meister Eckhart dice al respecto: «El tiempo es lo que impide que la luz llegue a nosotros. No hay mayor obstáculo para llegar a Dios que el tiempo.» En realidad, no es el Tiempo el que pasa, sino los seres materiales. El hombre, en su ignorancia, ha pretendido asignar un punto de comienzo y otro de fin para los ciclos eternos del Universo, sin comprender que *ayer es hoy y mañana ya es pasado*.

4. Según C.G.Jung, la sincronicidad es la «coincidencia en el tiempo de dos o más sucesos no relacionados causalmente que tienen el mismo significado.» Las sincronicidades son, en palabras de David Peat, «mani-

la naturaleza y los sucesos de la vida. Además, representa toda la energía que mantiene al Universo en equilibrio, en el *Samsara*⁽⁵⁾, en el *ouróboros*⁽⁶⁾ de los alquimistas; sustentando el bien y el mal en la frágil balanza de los principios⁽⁷⁾. No creo, sin embargo, que deba haber alguien que imponga a un hombre la forma de alcanzar esa Iluminación⁽⁸⁾. Pretender eso es una entelequia, además de un completo dislate y de una absoluta aberración hacia el ser humano, que, por definición gnóstica y divina, es un ser individual, particular e irreplicable, integrado en un Universo del que es parte fundamental.

Generalmente, esa imposición, cuando no se emplea el uso de la fuerza, suele realizarse bien mediante una serie de libros o textos denominados “sagrados”, bien por el cumplimiento literal y aborregado de unos ritos ancestrales cuyo origen, en su mayoría, es bastante difuso. El complejo significado de estos rituales ha sido borrado por la niebla de la ignorancia, y han pasado a convertirse en burdas repeticiones de unos actos cuyo origen místico se pierde en la noche mitológica de la historia. Estas tradi-

festaciones, en la mente y la materia, del fundamento desconocido que es la base de las dos.» (Peat, F. David. *Sincronicidad. Puente entre mente y materia*. Ed. Kairós. 2001, p. 135).

5. La Rueda de la Vida-Muerte-Vida hindú.

6. Es decir, la representación, mediante un reptil que se muerde la cola, de la llamada *autofagia cósmica*, simbolizando que en el Universo *el Uno es el Todo y el Todo es el Uno*.

7. Alexander Solzhenitsyn expone brillantemente este problema humano de la diferenciación del bien y del mal: «¡Si todo fuera tan sencillo! Si en algún lugar existieran personas acechando para perpetrar iniquidades bastaría con separarlos del resto de nosotros y destruirlos. Pero la línea que divide el bien del mal pasa por el centro mismo del corazón de todo ser humano. ¿Y quien está dispuesto a destruir un solo fragmento de su propio corazón?»

8. Buda definía la Iluminación como *el fin del sufrimiento*. Esta definición es magistral, pues parte de una negación: «Dejar de sufrir», y no de una imposición: «Debes hacer...» ¿Qué hay después de la Iluminación? Nadie puede, ni debe, decírnoslo, pues establecer unas metas sería imponer unos límites a lo infinito. No hay metas generalizadas, pues la Iluminación es, y debe ser, individual. A esta definición de Buda, Eckhart Tolle añade: «La Iluminación no es sólo el fin del sufrimiento y del conflicto interior y exterior, sino también el fin de la temible esclavitud del pensamiento incesante.»

ciones malinterpretadas –que suelen arrastrar un seguimiento moral que impide la libertad indisociable e intransferible del individuo–, sean del tipo que sean, e independientemente de la cultura de la que provengan, condicionan e imponen un modelo de conducta a seguir para alcanzar algo que sólo un hombre en su solitaria búsqueda interior puede alcanzar.

Las religiones pierden su sentido cuando dilapidan la maravillosa simpleza de su carácter puro, espiritual y misterioso en la que se fundamentaban y se alimentaban sus raíces en la Antigüedad. Cuando racionalizan sus principios básicos, pasan a convertirse en rituales complejos cargados de superstición, salvajes sacrificios, idolatría sin fundamento y fervorosa adoración que, irremediablemente, degeneran en la creación de ídolos y semidioses que compiten entre sí para alzarse como baluartes de la verdad absoluta⁽⁹⁾. A un dios no se le encuentra buscándolo, sino dejando que éste se *acerque* a nosotros.

La perversidad de esta degeneración alcanza su punto álgido cuando el pueblo, la tribu, o el grupo étnico que profesa una determinada fe religiosa, se autoerige como el poseedor de la verdad, única, indiscutible, imperecedera, y pasa a imponer sus creencias por medio de la fuerza a los demás, sin comprender que el *satyagraha*, «el poder de la verdad», nunca se obtiene de nadie, sino que se encuentra latente en cada uno de nosotros. Ése es el comienzo del fin de la religión: el momento en el que las ideas puras e individuales pretenden convertirse en realidades indiscutibles y colectivas.

Los mayores aliados de las religiones⁽¹⁰⁾ –principalmente de las monoteístas– y que, en mayor o menor medida, se encuentran alojados en el inconsciente de todos los hombres, son la

9. «La espiritualidad –nos dice Fernando Díez– comienza justo donde acaba la religiosidad.»

10. Fácilmente combatibles con el conocimiento, la serenidad, el desapego, el amor, la aceptación, la humildad y el trabajo. Tomando lo mejor de cada una, y mezclándolas en perfectas proporciones alquímicas, dan como resultado la virtud suprema que irremisiblemente nos conduce –realmente, sería más propio decir: nos muestra, pues, en realidad, creo que no hay que buscar nada sino simplemente aprender a ver más allá de la estrechez de miras de nuestra comprensión– a la Iluminación: la gratitud.

ignorancia, el miedo, el apego, la ira, la culpabilidad, la soberbia y, desafortunadamente, una lacra muy extendida: la pereza. Entiéndase por ignorancia no el “no-saber”, sino el “no-querer-saber”, y, en última instancia, el “no-querer-conocerse-a-uno-mismo”, ya que la ignorancia no es más que el lenguaje de quien no quiere saber. Del mismo modo, júzguese la pereza no como el “no-querer-trabajar”, sino como el “no-querer-pensar-por-uno-mismo”. Esta pereza es innata en el ser humano y busca, siempre que le sea posible, que alguien, llámese profeta, mesías, sacerdote, o charlatán de la *Nueva Era*⁽¹¹⁾, le diga qué es lo que tiene que pensar, qué es lo que tiene que hacer y que decir, y cómo debe *comportarse*, en lugar de buscar su verdad mediante sus propios medios. Esta búsqueda implica sacrificios, estudio, meditación⁽¹²⁾, desapego de las cosas mundanales, e, incluso, una más que elevada dosis de soledad para encontrar la verdad personal: el Conocimiento. Desgraciadamente, hoy en día, en la desacralizada, desmitificada⁽¹³⁾, materialista y pragmática sociedad occidental –y gran parte de la oriental, contagiada por la voráGINE capitalista–, donde a los hombres ya se le ha negado hasta su derecho a llorar y a sentir, sólo emprende esta búsqueda quien siente una inexplicable fuerza interior que le lleva a no aceptar las ideas y los conceptos tan sólo porque los promulguen otros.

Por tanto, desde este punto de vista, me declaro antirreligioso, entendiéndose este calificativo en su sentido exotérico –que no esotérico–; es decir, que reniego de los dogmas, cargados de Culpa y de moralina infumable, que promulgan e impo-

11. Ver nota I de Notas Complementarias.

12. Que no es si no el proceso que ha de llevar a la mente a un estado de armonía con el medio que le rodea, es decir, con el Universo. En su sentido original de *meditari* (que significaba: *in médium ire et ex medio ire*), es decir, caminar hacia el propio centro, al corazón, para, una vez alcanzado, seguir caminando, seguir viviendo. (Según la definición de Panikkar, Raimon. *La experiencia filosófica de la India*. Ed. RBA. 2006, p. 15).

13. Alan Watts hace una interesantísima reflexión al respecto: «La actitud intelectual de nuestra era, tan preponderantemente antimítica, expresa nuestro miedo a lo maravilloso, porque hemos estado intentando convencernos de que el universo no es un misterio, sino una máquina.» (Watts, Alan. *Las dos manos de dios*. Ed. Kairós. 1995, p. 27).

nen con lenguas de sangre las religiones *reveladas* abrahámicas (las monoteístas judía, cristiana e islámica). «La palabra de Dios –dijo Spinoza– no es algo escrito en un libro sino inscrito en el corazón y la mente de un hombre.»

Con esto no quiero decir que no exista ninguna religión de la que puedan servirse los seres humanos para alcanzar el autoco-nocimiento⁽¹⁴⁾. Incluso hay algunas que, por la libertad de pensa-miento que proclaman y la búsqueda del alma en la que funda-mentan sus doctrinas –al decir esto pienso en algunas orientales como el budismo⁽¹⁵⁾–, son efectivas para tal fin; pero siempre y cuando no se sigan al pie de la letra sus enseñanzas, sino que se consideren sus doctrinas, sus dogmas, como senderos a seguir si nos encontramos perdidos en la oscuridad de la desesperanza o en las puertas de la muerte –nefasto término éste para designar una simple transición del estado corpóreo al espiritual. Sería, por tanto, más correcto, que no un eufemismo mojigato, llamarlo *tránsito* o, mejor aún, *el último maestro*⁽¹⁶⁾. «Sin nacimiento, sin des-aparición, sin pasado, sin futuro», nos dice el *Hui Ming King*.

14. Esto sucede cuando se emplea el término «religión» en su signifi-cado original de *re-ligare*, «volver a unir» a Dios con el hombre mediante el A-mor; A: «sin», mor: «muerte»; A-mor: sin muerte, lo infinito –prescindi-remos de la propuesta de Cicerón, que defendía que el origen de esta pala-bra estaba en *re-legere*, «leer atentamente.»

15. «Las religiones que admiten plenamente la individualidad huma-na –nos dice Anagarika Govinda–, con todos sus derechos, se convierten automáticamente en impulsoras de la humanidad. Por el contrario, las que elevan la pretensión de poseer la verdad en exclusiva, o las que desprecian el valor del individuo y de las convicciones individuales, amenazan convertirse en enemigas de la humanidad, y ello en la misma medida en que la religión pase a convertirse en cuestión de poder político o social.» O, dicho en palabras de Fernando Díez: «Las religiones occidentales incitan a conquistar el mundo, las orientales a trascenderlo, por eso uno domina la materia (la ciencia) y el otro el espíritu.»

Aunque es necesario señalar que las llamadas religiones orientales (bu-dismo, hinduismo y confucionismo, principalmente) también degradan –aunque en mucha menor medida que las abrahámicas– a la mujer, redu-ciéndolas en la mayoría de los casos a un plano inferior al del hombre.

16. «Muchas veces –nos dice Mircea Eliade– la muerte no es más que el resultado de nuestra indiferencia ante la inmortalidad.»

Quizás una de las doctrinas que, desde el sentido gnóstico del sentimiento religioso, haya reunido mejor todos los ideales que pueden conducir al hombre hacia la sabiduría es el *kristianismo*. No incluyan aquí al cristianismo paulino literalista ni a la Iglesia, pues nada hay más lejos del *kristianismo* que la Iglesia en cualquiera de sus ramificaciones, especialmente la Iglesia católica⁽¹⁷⁾ y, por supuesto, los padres que le dieron la vida: los ideales patriarcales, autoritarios y genocidas del pueblo hebreo. El verdadero objetivo del judaísmo, del cristianismo paulino ortodoxo y del Islam es *conocer* a Dios, pero sin llegar a ser Dios mismo, tal y como propone el gnosticismo⁽¹⁸⁾ (en su más amplio sentido y desde sus raíces ancestrales) y gran parte de las religiones orientales de marcado carácter místico. «La religión, por lo menos la cristiana –explica Feuerbach–, es la relación del hombre consigo mismo, o, mejor dicho, con su esencia, pero considerada como una esencia extraña.»⁽¹⁹⁾

Ya les adelanto que el contenido de este ensayo va orientado a estudiar el engaño, tal es mi opinión, del que se ha servido la Iglesia, al emplear el *kristianismo* desfigurado y corrupto, transformándolo en *cristianismo*, y al fundamentar sus dogmas en el desastroso ideal monoteísta judaico. Ideales éstos de los que se ha servido para imponer y establecer su poder por todo el mundo; condenando, vilipendiando y despedazando todo cuanto de maravilloso había en el ideal *kristiano* primitivo. Era el *kristianismo*, en sus inicios gnósticos y paganos, un ideal para dudar en vez de para negar, un ideal para indagar en nuestra bondad interior, para profundizar en lo mejor de nosotros mismos sin olvidar nuestros instintos, antes bien aprendiendo a convivir con ellos; un ideal para permanecer inmunes ante el egoísmo y esgrimir la bandera de la honestidad y de la gratitud como principio de vida, un ideal que servía como alimento, como sustento de nuestros valores.

17. Ver nota II de Notas Complementarias.

18. Término que procede de la palabra griega *gnosis*, que a su vez deriva del sánscrito *jñana*, que significa “conocimiento”, en el sentido de una percepción interna o comprensión de la conciencia.

19. Feuerbach, Ludwig. *La esencia del cristianismo*. Ed. Trotta. 1995, p. 66.

Este libro pretende, además, explicar cómo la Iglesia –y, en general, el judaísmo, el cristianismo y el islamismo– ha otorgado a la mujer el papel de la “Bestia”, representándola, al menos en el cristianismo, por el número arquetípico 666. En esa cifra se engloba todo lo que la mente humana –la masculina, por supuesto– no comprende y le conduce a la angustia: lo puramente intuitivo; la fertilidad con la que el hombre no ha sido bendecido; la fuerza y la resistencia de la mujer y su dominio sobre la mente racional masculina; el poder sexual que la mujer ejerce sobre los hombres; unos órganos genitales ocultos, misteriosos, capaces de dar la vida, en los que el hombre debe introducir su miembro máspreciado; la sangre menstrual emparentada con los ciclos lunares; el dominio incontrolable del corazón frente a la razón... En definitiva, todo aquello que el hombre racional, ignorante y acomplejado, teme de sí mismo.

Todos los textos religiosos, o “sagrados”, existentes en la actualidad –e incluso me atrevería a decir que todos los que se escribirán en un futuro por la mano del hombre–, pueden, o al menos deberían poder, resumirse en unas frases contundentes, explícitas, aplastantemente lógicas:

Dios/a es *A-mor*. El Hombre es Dios/a. La Conciencia Individual es Universal. Bien y Mal es UNO, porque UNO es TODO y TODO es UNO⁽²⁰⁾. La Vida es una eterna secuencia de Justicia (en su sentido más amplio) y Gratitud.

En comparación, añadiré las del Meister Eckhart, mucho más sublimes e intensas: «Yo soy tan necesario a Dios como Dios me es necesario a mí. Dios se conoce y se ama a sí mismo en mi conocimiento y en mi amor»⁽²¹⁾.

Sirvan de ejemplo los versos anónimos⁽²²⁾ a Jesús crucificado, escritos hace cuatro siglos, en mi opinión el más bello

20. Según nos dice el *Apócrifo de Juan*: «El Uno no es corpóreo ni es incorpóreo. El Uno no es grande ni pequeño. Es imposible decir cómo es porque nadie puede entenderlo.»

21. Citado en Besant, Annie. *El cristianismo esotérico*. Ed Kier. 1959, p. 61.

22. Atribuidos a santa Teresa de Ávila, aunque su autoría no está clara ya que también se le atribuyen a san Juan de la Cruz y a Fray Miguel de Guevara.

soneto que jamás se haya escrito y en el que se recoge lo mejor del espíritu *kristiano*, lo mejor del ser humano.

*No me mueve, mi Dios, para quererte,
el cielo que me tienes prometido;
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.
Tú me mueves, Señor; muéveme el verte
clavado en esa Cruz y escarnecido;
muéveme el ver tu cuerpo tan herido,
muéveme tus afrentas y tu muerte.
Muéveme, al fin, Tu amor, y en tal manera,
que aunque no hubiera cielo yo te amara
y aunque no hubiera infierno te temiera.
No me tienes que dar porque Te quiera;
pues, aunque lo que espero no esperara;
lo mismo que Te quiero Te quisiera.*

I PARTE

Dios es el autor de la Sagrada Escritura. Las verdades reveladas por Dios, que se contienen y manifiestan en la Sagrada Escritura, se consignaron por inspiración del Espíritu Santo.

La santa Madre Iglesia, fiel a la base de los apóstoles, reconoce que todos los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento, con todas sus partes, son sagrados y canónicos, en cuanto que, escritos por inspiración del Espíritu Santo, tienen a Dios como autor, y como tales han sido confiados a la Iglesia.

Catecismo de la Iglesia Católica. Primera parte, primera sección, capítulo segundo, artículo 3: II Inspiración y verdad de la Sagrada Escritura.

La mentira es la ofensa más directa contra la verdad; mentir es hablar u obrar contra la verdad para inducir a error al que tiene el derecho de conocerla. Lesionando la relación del hombre con la verdad y con el prójimo, la mentira ofende el vínculo fundamental del hombre y de su palabra con el Señor.

Catecismo de la Iglesia Católica. Madrid: Asociación de Editores del Catecismo, párrafo 2.483, p. 540.

Desde tiempos inmemoriales es sabido cuán provechosa nos ha resultado esta fábula de Jesucristo.

Carta de Giovanni de Medici, Papa León X, dirigida al cardenal Benito.

Se me reprocha que de vez en cuando me entretenga con Tasso, Dante y Ariosto. Pero ¿es que no saben que su lectura es el delicioso brebaje que me ayuda a digerir la grosera sustancia de los estúpidos doctores de la Iglesia? ¿Es que no saben que esos poetas me proporcionan brillantes colores, con ayuda de los cuales soporto los absurdos de la religión?

Carta del Papa Clemente XII dirigida a Montfaucon.

PALABRA DE DIOS...

La ley de Jehovah es perfecta; restaura el alma. El testimonio de Jehovah es fiel; hace sabio al ingenuo. Los preceptos de Jehovah son rectos; alegran el corazón. El mandamiento de Jehovah es puro; alumbra los ojos. El temor de Jehovah es limpio; permanece para siempre. Los juicios de Jehovah son verdad; son todos justos.

Salmos (19, 7–9)

[Dice Jesús]: No penséis que he venido para traer paz a la tierra. No he venido para traer paz, sino espada. Porque yo he venido para poner en disensión al hombre contra su padre, a la hija contra su madre y a la nuera contra su suegra. Y los enemigos de un hombre serán los de su propia casa.

Mateo (9, 34–36)

CAPÍTULO I

EN EL PRINCIPIO FUE EL PODER

La mentira no puede crecer hasta convertirse en la verdad, por más que aumente su poderío.

Rabindranath Tagore

No es el hombre el que crea el conocimiento, sino el conocimiento el que hace posible al hombre. Si una idea es verdadera, no pertenece a quien la pone por escrito, sino a todos los que puedan comprenderla... En última instancia, a Dios sólo corresponde la verdad y al hombre, en el mejor de los casos, la modesta capacidad de reflejarla turbiamente en su discurso...

Agustín López Tobajas

Nunca unas ideas impuestas por la codicia, el miedo y la vanidad del hombre han encontrado tanta consistencia como cuando se han sustentado sobre la gran mentira del judeo-cristianismo ortodoxo literalista. Nunca esa mentira ha sido tan ruin como cuando tuvo que teñirse con la sangre y el sufrimiento del ser humano para poder subsistir y propagarse en el tiempo.

A lo largo de los últimos siglos, el hombre occidental ha sido capaz –o, al menos, así lo ha creído, cegado por su vanidad– de conquistar montañas, continentes, ríos, mares, e incluso océanos; y ahora, gracias a su más completa ineptitud, y debido a una acuciante superpoblación que no es capaz de controlar,

se ve obligado a conquistar lo inconquistable, a colonizar lo inhóspito, a someterse a su absoluta negligencia, a su falta de lógica, y a huir de un planeta que en los últimos doscientos años ha sufrido más transformaciones desastrosas causadas por el ser humano que por la acción de la naturaleza en millones de años. Ahora el hombre, el animal más irracional que ha pisado la tierra, se ve obligado a huir del planeta que le vio nacer en la inútil búsqueda de algo que no ha sabido encontrar en su interior.

En la actualidad vivimos una época en la que el hombre ha adormecido en exceso sus instintos de supervivencia y no se ha parado a pensar seriamente en el mayor problema con el que ha tenido que enfrentarse en toda su historia: el exceso de población. Jung, el eminente psiquiatra, decía que: «Tarde o temprano el hombre tendrá que volver a sí mismo, a su Yo, aunque desde los astros. Todo esto que está pasando es una forma extrema de escapismo porque es más fácil llegar a Marte que encontrarse a sí mismo. Si el hombre no se encuentra a sí mismo, entonces corre el más grande de todos los peligros: su aniquilación. También en los viajes al espacio exterior hay un inconsciente intento de solucionar el más grave de todos los problemas que el hombre deberá afrontar en el futuro: la superpoblación.»

El crecimiento de la población mundial ha sufrido un vertiginoso ascenso en los últimos años si se compara con el crecimiento desde la aparición de los primeros homínidos sobre la tierra hace unos 4,4 millones de años (el *Ardipithecus ramidus*). Hasta hace aproximadamente unos cien mil años, la población rondaba el millón de habitantes, cifra que se multiplica con la aparición del *Homo sapiens*, hace unos 40.000 años. Con el comienzo de la agricultura y la ganadería (hace unos 10.000 años) habría sobre la tierra unos 8.000.000 de habitantes, cifra que se multiplicó por diez 4.000 años después. A partir de ese momento el crecimiento comenzó a ser exponencial, llegando, en el año 1950, a alcanzar la cifra de los 2.800 millones de habitantes, cantidad que se ha duplicado en poco más de 50 años llegando a la cifra actual de 6.600 millones de habitantes, en un crecimiento hiperbólico sin precedentes en la historia. Según

el Fondo de Población de las Naciones Unidas⁽²³⁾, en el año 2050 la población mundial alcanzará la cifra de 9.400 millones de habitantes; aunque, en realidad, si se sigue con el ritmo de crecimiento actual, la cifra alcanzaría los 12.000 millones en el año 2020.

A este ritmo de crecimiento, y no es por ser alarmista –no confundan realismo con pesimismo–, el mundo que nos acoge y al que sobreexplotamos, depredamos y destruimos sin mesura, en pos de un *progreso* que no hace sino conducirnos hacia nuestra destrucción, no podrá soportarlo y terminaremos por destruirlo o, en el mejor de los casos, con nuestra basura y nuestros desechos industriales lo cubriremos de un manto inhabitable de inmundicia y desperdicios. ¿Es ésa la herencia que queremos dar a nuestros hijos, a nuestros nietos? Lamentablemente, la vorágine globalizadora capitalista y consumista que nos azota es demasiado irresistible para la debilidad del ser humano y terminará –de nuevo, insisto, no es demagogia barata ni alarmismo de la *Nueva Era*; es simplemente la constatación de unos hechos–, si nada cambia y todo sigue al ritmo actual, por destruirnos.

Prejuicios morales y religiosos⁽²⁴⁾ (especialmente monoteístas judeo-cristianos-islámicos) le impiden al hombre plantearse, con la seriedad ineludible y requerida para tamaño problema, la necesidad urgente y perentoria de encontrar una solución. Si no lo hace, se verá obligado a tomar dos soluciones drásticas: disminuir de forma radical el crecimiento de la población; o bien, como solución última, la colonización de otros planetas.

23. En una estimación que considero “optimista”, pues los avances en medicina son cada vez mayores, lo que permite alargar la vida y disminuir la tasa de mortalidad infantil.

24. Principalmente aquellos que provocan la desinformación en temas sexuales y la prohibición de métodos anticonceptivos. Pero no incluyan aquí el infanticidio y el asesinato a sangre fría al que los *progres* de la *modernidad*, en un alarde de ignorancia, de fanatismo y de desprecio hacia la vida, llaman *aborto*. Un feto, desde el mismo momento de su concepción, es ya un ser humano, y por tanto una mezcla de cuerpo, alma y espíritu al que, salvo excepciones extremas, no se le puede negar el derecho a la vida. Jugar a ser Dios/a siempre es otorgar una sabiduría al hombre que dista una infinidad de poseer...

Esta última idea, que en apariencia suena totalmente descabellada, comienza a tomar forma a partir de los últimos avances de la ciencia y la tecnología. Se ha llegado incluso a establecer un programa (aproximado, eso sí) del tiempo que se tardaría en hacer habitable un planeta como Marte. El hombre actual (especialmente el occidental) está demasiado aturdido por la prisa como para plantearse, durante un solo instante, la locura hacia la que nos dirigimos. La búsqueda hacia nuestro interior, hacia el Reino de Dios/a⁽²⁵⁾ –ese Reino que pretendieron enseñarnos los primeros *kristianos* y, anteriormente, muchas culturas y religiones paganas–, hacia el Nirvana, hacia la Iluminación, hacia el encuentro con nuestro origen eterno, ha sido sustituido vulgarmente por una búsqueda de todo aquello que se aleja de nuestra condición divina. Todo ello, eso sí, orquestado magníficamente por las autoridades políticas y religiosas occidentales y, más concretamente, por la interpretación cristiana literalista de los supuestos “textos sagrados” que defiende, incluso inconscientemente, que poner trabas e impedimentos sobre los

25. Reino de Dios/a, que no el *Reino de los Cielos*, nada tienen que ver el uno con el otro. El primero hace alusión a un lugar situado dentro del universo y que puede localizarse en nuestro interior, mientras que el segundo hace referencia a un lugar completamente alejado de nosotros mismos, un Reino inalcanzable al que sólo puede llegarse siguiendo las doctrinas y los mandamientos marcados por la Iglesia. Tal y como dice el *Evangelio de Tomás* (dicho 3): «*Jesús dijo: Si os dicen vuestros guías: Mirad, el reino está en el cielo, entonces los pájaros del cielo os precederán. Si os dicen: está en el mar, entonces los peces os precederán. Pero el Reino está dentro de vosotros y está fuera de vosotros. Cuando os lleguéis a conocer, entonces seréis conocidos y sabréis que sois los hijos del Padre Viviente.*»

Este cambio semántico tan trascendental sobre la búsqueda de Dios/a (que dejó de estar en nuestro interior, hecho éste que condujo a la imperiosa necesidad de tener que buscarlo en el exterior) fue, según Jung, y estoy completamente de acuerdo con él, el fin de la espiritualidad occidental. Tal y como describe Stephan A. Hoeller: «Cuando la gente deja de experimentar a Dios, se ve obligada a creer en él [...] El sentido interno de Dios es una cualidad de la psique profunda y no de la razón. Con la ascendencia de la razón sobre la conciencia psicológica de la verdad arquetípica, quedó ampliamente abierto el camino que conducía al racionalismo y, en último término, al materialismo y al ateísmo. Así, según Jung, Occidente quedó perdido.» (Hoeller, Stephan A. *Jung y los evangelios perdidos*. Obelisco. 2005, p. 25-25).

instintos reproductivos del hombre es *contra natura*; es oponerse al Mandato Divino que dice: «creced y multiplicaos»; es poner en jaque a toda una comunidad –la monoteísta cristiana, judía e islámica, por supuesto– cuyos prejuicios morales han sido los más destructivos de toda la historia de la Humanidad.

La religión quizás no sea más –tal y como lo resume Mircea Eliade– que el término que empleamos para describir la experiencia de lo sagrado. Pero esto no implica la creencia en Dios, dioses, diosas o espíritus, sino que se relaciona con los conceptos de “Ser, Sentido y Verdad”. Pero, al igual que Freud⁽²⁶⁾ y Russell, creo que en las raíces más profundas de la religión, cualquiera de ellas, encontramos la necesidad infantil de creer que hay alguien que va a defendernos ante cualquier conflicto⁽²⁷⁾, y subyace el ansia de felicidad, basado en el instinto de conservación, innato de cada individuo. Feuerbach considera que la religión es consustancial al individuo, si por religión se entiende «el sentimiento de dependencia, el sentimiento o la conciencia que tiene el hombre de no existir ni poder existir sin un ente distinto a sí y, por tanto, de no deberse a sí mismo su propia existencia.» Es decir, en función de cómo sea esa existencia, agradable o desesperante, se irán formando distintos tipos de deidades con características diferentes. Posteriormente añade Feuerbach: «La religión no tiene otro cometido ni otro propósito (por lo menos originariamente y en relación con la naturaleza) que transformar la esencia de la naturaleza, inex-

26. «La génesis psíquica de las ideas religiosas –nos dice Freud–, que nos son presentadas como dogmas, no son precipitadas de la experiencia ni conclusiones del pensamiento: son ilusiones, realizaciones de los deseos más antiguos, intensos y apremiantes de la Humanidad. El secreto de su fuerza está en la fuerza de estos deseos» (Freud, Sigmund. *El porvenir de una ilusión*).

27. Deseo éste que se satisfizo mediante la creación, por medio del ilusorio sueño de la *razón*, de la otra Institución social por excelencia, además de la Iglesia y anterior a la misma: el Estado, «el más frío de todos los monstruos fríos –tal y como lo definiera Nietzsche–. Frío incluso cuando miente; y ésta es la mentira que se desliza por su boca: ‘Yo, el Estado, soy el pueblo’.»

tricable e inquietante para la mayoría, en una esencia conocida y familiar»⁽²⁸⁾.

Pero, sobre todo, y por encima de todo, la religión se cimienta y se sustenta en el anhelo de una “vida mejor”, en la esperanza de una “nueva vida”, y, fundamentalmente, en las ancestrales raíces del miedo: el miedo a lo desconocido, a lo incomprendible, a la angustia del hambre, a la pérdida de la protección paterna, a lo inefable, al desconcertante desorden, al “caos” de la Naturaleza y a sus “castigos divinos”, enviados en forma de catástrofes naturales. Miedo a lo inconsistente, al fracaso, a la derrota, a la muerte –o, mejor dicho, a lo que hay después de ella–, miedo al dolor... En definitiva: miedo a nosotros mismos, a todo aquello que nos hace humanos⁽²⁹⁾. Lamentablemente, en una sociedad donde el equilibrio social y, en buena parte, la felicidad del ser humano se sostienen en la aceptación de las siempre frágiles y cambiantes normas morales, sería, cuando menos, arriesgado –ya que no se puede negar que algunas religiones han contribuido en gran medida a reprimir algunos de los instintos más bajos y asociales del ser humano– dejar que cada individuo libere sin ningún tipo de control ni moderación sus instintos egoístas reprimidos. El despertar del hombre sería demasiado brusco si llegara a comprender que sus dioses no son más que una creación forjada en su mente⁽³⁰⁾, y que los

28. Feuerbach, Ludwig. *La esencia de la religión*. Ed. Páginas de Espuma. 2005, pp. 24 y 63.

29. «El miedo es el padre de la crueldad –expone Bertrand Russell– y, por lo tanto, no es de extrañar que la crueldad y la religión vayan de la mano. Cuanto más intensa ha sido la religiosidad de cualquier periodo, y más profunda la creencia dogmática, ha sido mayor la crueldad y peores las circunstancias.» (Russell, Bertrand. *Por qué no soy cristiano*. Ed Edhasa. 2005).

30. «Los dioses –nos dice Feuerbach, en una excelente definición– son los deseos del hombre personificados, corporeizados, realizados; son los límites naturales del corazón y de la voluntad del hombre superados; son entes de la voluntad ilimitada, entes cuyas fuerzas físicas van a la par con las fuerzas de su voluntad.» (Feuerbach, Ludwig. *La esencia de la religión*. Ed. Páginas de Espuma. 2005, p. 62). Joseph Campbell completa esta definición afirmando que «las deidades son personificaciones simbólicas de las energías que están en uno mismo. Estas energías de uno mismo son

principios en los que sustenta su moral no son más que invenciones de personas ávidas de poder que emplean el miedo como el arma disuasoria y represiva por excelencia.

En mi opinión, de entre todas las religiones que han asolado el mundo, la peor, la más cruenta, la más dañina, la más mortífera, ha sido la monoteísta, la imperialista y dictatorial religión de Estado: la judeo-cristiana. Desde luego, esto sucedió así por la errónea interpretación que se les dio en los primeros siglos de esta era a los primeros *kristianos* surgidos dentro del judaísmo: los paganos, los gnósticos, los verdaderos *kristianos* espirituales, los *individualistas místicos* que enseñaban y defendían que el verdadero *kristiano*, al experimentar por sí mismo la *gnosis*, es decir, el *Conocimiento Intuitivo* realizado con los ojos del corazón, se convertía en un *Cristo*. La decadencia del *kristianismo* comenzó estrepitosamente con la sentencia de Constantino, trescientos años después de la supuesta muerte de Jesús⁽³¹⁾, en la que promulgaba su origen humano y divino, despojándole de toda su esencia, de todo su mensaje, de toda su sabiduría, de toda su infinita iluminación. De un plumazo, Jesús –ya fuera de carne y hueso (esenio, celote revolucionario, profeta escatológico o un judío pagano conocedor de los misterios), ya la representación mitológica de las tradiciones místicas paganas de la Antigüedad, ya una mezcla heterogénea de ambas teorías– pasó de ser un hombre sabio, un iluminado, a la altura de Lao-Tse o Buda, a un ser divino. Con ello, sus enseñanzas, dirigidas claramente hacia nuestro interior, hacia la búsqueda de lo que hay de divino en todos los hombres, se convirtieron en vulgares normas de conducta que había que seguir y cumplir a rajatabla, con prisas, con aborregada devoción, sin ningún ápice de Conocimiento. Esto no hizo más que alejarnos de nuestro interior –de la inmanencia, de *mirar hacia dentro*, de lo femenino– para viajar al frío mundo de lo externo –a la transcendencia, a *mirar hacia fuera*, hacia lo masculino–, de lo material, de lo superfluo, de las creencias sin Credo, de las

las energías del universo.» (Campbell, Joseph. *Los mitos en el tiempo*. Emecé Editores. 2002, p. 108).

31. Jesús o Josué, ya que ambos son intercambiables. En hebreo ese nombre se pronuncia *Ieoshuah*, y se escribe: *iod-he-waw-shin-ai*.

tradiciones sin Tradición; para alcanzar un Reino que se encontraba totalmente alejado de nosotros mismos. Buscar a Dios/a desde la razón es el mayor error en el que ha incurrido la Humanidad. Con esa absurda búsqueda, el hombre tan sólo ha conseguido alejarse de sí mismo, desligarse del Universo, alejarse de lo divino. A Dios/a sólo hay una forma de buscarlo: no buscarlo, limitarse a Sentir, a Contemplar cuanto hay a nuestro alrededor, a Mirar lo que hay en nuestro interior, maravillándonos con la Sinrazón. Limitarse a Seguir el camino del corazón. Sólo así seremos Uno con Dios/a.

Si algo nos enseñó el Jesús gnóstico (que quizás ni siquiera coincida con un posible Jesús histórico) es que la búsqueda del *Reino de Dios* es la búsqueda de la Plenitud del hombre, de la Sabiduría, del Conocimiento, de la Iluminación, de la unión y el perfecto equilibrio entre lo masculino y lo femenino, entre la Luz y la Oscuridad, entre el Sol (representado por la Sabiduría) y la Luna (representada por el Entendimiento), y que esa búsqueda siempre está orientada hacia nuestro interior, hacia nuestra alma individual.

Esas enseñanzas internas se convirtieron, por obra y desgracia de los literalistas ortodoxos cristianos, en la búsqueda exterior de un *Reino* imaginario escondido tras una infranqueable maraña de principios morales que se crean, fundamentan y prosperan, a partir de una de las peores invenciones del ser humano: el sentimiento de culpabilidad dogmático. Y, derivado de éste, el concepto de pecado.

El concepto de culpa se acuñó en el Egipto de Akenatón (el faraón *hereje*) y se introdujo en el mundo judío, reflejándose claramente en el Antiguo Testamento. La diferencia que aportó el cristianismo –por obra de Pablo en primer lugar, y con la colaboración inestimable de Agustín de Hipona–, al asumir este libro como sagrado, fue el considerar como pecado no el acto “pecaminoso” en sí, sino el simple pensamiento o la mera intención de ejecutar dicho acto⁽³²⁾. Este sentimiento de culpa-

32. Uno de los asideros fundamentales que se emplearon para establecer y dar veracidad “histórica-divina” a esta idea atroz, se encuentra en Mateo (5,28): «Pero yo os digo que todo el que mira a una mujer para codiciarla ya

bilidad desembocó irremediablemente en el *Pecado Original*, idea que se desarrollará más detenidamente en este ensayo.

Sobre este sentimiento de culpabilidad arraigado en la mentalidad occidental, Luis Racionero hace un brillante análisis: «Los efectos de la noción de culpabilidad han sido devastadores; el monstruo verdoso, bílico y bíblico de la Culpa es el espectro que acosa a Europa, parásito de su cerebro, sorbiendo las energías vitales; medusa que transforma en piedra la carne viva de la emoción y consume los cuerpos para reinar en el yermo de las almas [...] El complejo de culpabilidad, siniestro engendro de la mente, es inoculado como una vacuna infantil, y vive agazapado en la mentalidad occidental alimentándose de emociones químicamente puras: melancolía sin alegría, tristeza sin satisfacción, remordimiento sin orgullo»⁽³³⁾.

Analizando el concepto de pecado se puede ir más allá, mucho más allá: se nace con él, con el pecado: somos pecadores desde nuestra concepción en el feto materno. Citando nuevamente, en este caso a Russell, diré que «casi todo adulto de una comunidad cristiana tiene una enfermedad nerviosa como resultado del tabú imperante en materia sexual desde la infancia y la adolescencia. Este sentimiento de pecado, implantado artificialmente, es una de las causas de la crueldad, timidez y estupidez de las etapas posteriores de la vida.»⁽³⁴⁾

adulteró con ella en su corazón.» Es decir, los cristianos debían cuidar, no sólo sus actos, sino también sus pensamientos.

33. Racionero, Luis. *Oriente y Occidente*. Anagrama. 2000, p. 167.

34. Russell, Bertrand. *Por qué no soy cristiano*. Ed Edhasa. 2005.

CAPÍTULO II

LA LÓGICA, ESPINA CLAVADA DEL CRISTIANISMO

Dios es simplemente nuestra propia noción de algo que simboliza la trascendencia y el misterio.

Joseph Campbell⁽³⁵⁾

Desde el uso de la lógica pueden rebatirse con facilidad los dos argumentos básicos en los que se fundamenta el cristianismo: la santidad de la Biblia⁽³⁶⁾ y que Jesús-Cristo es el Hijo de Dios. El primer punto es del todo evidente: nada escrito por los hombres podrá ser considerado como “Palabra de Dios”, y Éste (por supuesto, si es que existe) nunca podría haber escrito todas las historietas sanguinarias cargadas de “moralidades” sin sentido y de sentimientos imperialistas que nos expone el Antiguo Testamento. Si así hubiera sido, deberíamos considerar que Dios –al nombrar a Dios me refiero al dios abrahámico, a ese dios indigestado de Culpa, atragantado de Moral, ebrio de Pecado, enfermo de Razón, saciado de Miedo..., a

35. Campbell, Joseph. *Los mitos en el tiempo*. Emecé Editores. 2002, p. 24.

36. La palabra «Biblia» proviene del plural griego que etimológicamente significa «libros.» También se especula que este nombre puede hacer referencia a la ciudad fenicia *Biblos*, o *Byblos*, una antigua colonia egipcia de la Segunda Dinastía (2850–2600 a.n.e.), y que puede corresponder a un antiguo puerto cananeo.

Yahvé, Jehová⁽³⁷⁾, o como gusten llamarle— es un hombre de raza blanca, judío, radicalmente machista, genocida, guerrero, orgulloso, castigador... y toda una serie de atributos que son exclusivos de la especie humana materialista y carente de espiritualidad. ¿Ese es el Dios de todos los hombres? Empleando la lógica cabría pensar que, caso de que Dios existiera y fuera el dios único de todos los hombres y seres vivos de la tierra, no tendría forma, no tendría sexo (sería andrógino), ni color de piel (sería, pues, transparente), ni nacionalidad (quizás, en todo caso, nacido del alma), ni credo, ni religión (o creería en todas), no sería ni bueno ni malo, ni tonto ni listo, ni alto ni bajo... Sería todo a la vez. Sería UNO. Sería TODO. Eso es lo que nos dice la lógica. Eso es lo que nos indica el sentido común ya casi extinto, que no es otro, por supuesto, que el espiritual.

El argumento que rebate el segundo dogma fundamental en el que se basa la Iglesia, es decir, el argumento que nos dice que no pudo haber un Hijo de Dios encarnado, es aún más simple de exponer si nos hacemos las siguientes preguntas: para encarnarse, ¿en qué forma lo haría?, ¿hombre?, ¿mujer?, ¿blanco?, ¿negro?, ¿asiático? ¿Bajo que religión nacería?, ¿bajo qué dogmas?, ¿qué creencias? No hay respuesta para estas preguntas. Tan sólo una posible: no puede encarnarse en ninguna forma a no ser que lo haga en todas las formas a la vez. Dios —de nuevo, caso de que exista— conoce demasiado bien las flaquezas de los hombres como para caer en el inocente error de aparecer

37. Yavhé o Jahveh significa «Yo soy el existente.» El nombre sagrado de Dios, YHWH no podía ser pronunciado, por lo que se le sustituyó por Adonai, «el Señor», apareciendo las vocales EOA debajo de YHWH. En la Edad Media, se unificaron las consonantes y vocales formando YEHOW-AH o Jehová, dando así un nuevo nombre al «Sin Nombre.» Adonai significa simplemente «Señor» y era el título honorífico que los semitas daban a Tammuz, divinidad adorada en Babilonia y Siria. Los Elohim, llamados «hijos del Señor», eran miembros de la corte celestial, equiparables a dioses, algo parecido a los titanes griegos. Los Elohim del Antiguo Testamento se convirtieron en El, El, Elí, Elías, Baal y Adonai son nombres del sol.

El nombre sagrado de Dios representa la fusión de la deidad suprema masculina, «El», y su Hijo, el Rey de los cielos, «He.» De igual forma, Astarot y su Hija Anat se fundieron entre sí dando lugar a la consorte de Jehová llamada Shekina o Matronit.

entre nosotros de forma clara y abierta. Más bien creo que lo hace en todos nosotros a la vez, adecuándose a cada persona (eso sí sería ser omnipotente y omnisciente), a su carácter, a su credo, a su raza, a sus arquetipos arraigados en el inconsciente. Pero para darnos cuenta de su presencia hay que tener la humildad suficiente como para saber que todo lo que nos sucede va orientado a conocerle (debemos eliminar de nuestra mente los conceptos “razonables” de “bueno” y “malo”, pues no sabemos distinguirlos), y darnos cuenta de que vivimos en comunión con la naturaleza y con nuestro Yo divino interno (si todos somos hijos de Dios sería lógico pensar que todos tenemos algo de su divinidad).

A un hombre, o a un dios, no se le admira o se le venera porque se le tema, sino porque se le ame y se le respete. El Dios de los judíos, «Jehová, Dios de los Ejércitos», tal y como se le bautiza en innumerables ocasiones en el Antiguo Testamento⁽³⁸⁾, un dios tribal, justiciero y sanguinario, sólo puede inspirar miedo, odio e intransigencia.

Por más que se le intente disfrazar bajo un velo de amor a los hombres, esta deidad judía no transige en todo aquello que no sean sus propios dictámenes; que no son más que los de los hombres que los inventaron y los de la *moral* impuesta por éstos, basada, como es propio de las culturas patriarcales primitivas, en unos dogmas masculinos autoritarios que degradan y denigran la figura femenina como quizás ninguna otra creencia religiosa lo ha hecho en toda la historia. A este dios (que nada tiene que ver con la figura edulcorada y “amorosa” con la que pretende hacernos comulgar la Iglesia) no se le puede respetar sino temer. Hecho éste muy a tener en cuenta si consideramos que el miedo, junto a la ignorancia⁽³⁹⁾, son las armas

38. Ver nota III de Notas Complementarias.

39. Bakunin, en su libro *Dios y el Estado*, dijo al respecto: «El pueblo, desgraciadamente, es todavía muy ignorante; y es mantenido en su ignorancia por los esfuerzos sistemáticos de todos los gobiernos, que consideran esa ignorancia, no sin razón, como una de las condiciones más esenciales de su propia potencia.» Lamentablemente, esta sentencia, escrita hace más de un siglo, aún sigue vigente en prácticamente todos los países del mundo.

más poderosas y eficaces para someter a los hombres a la férula del poder⁽⁴⁰⁾.

La Biblia⁽⁴¹⁾ nos enseña que hay que temer a Dios y someterse a sus normas y Mandamientos⁽⁴²⁾ para alcanzar el perdón divino, cuidando siempre de no despertar su ira y provocar su cólera; ya que, en ese caso, seríamos conducidos irremediabilmente a la muerte por desobediencia. En definitiva: para ejercer el poder con pleno dominio y total impunidad, *si no existiese un Dios habría que inventarlo...*

40. Mircea Eliade describe a la perfección ese Poder Absoluto de Yahvé sobre los hombres y su completo dominio sobre ellos: «De esta intuición del ‘poder’ de Dios [Yahvé] como única realidad absoluta parten todas las místicas y todas las especulaciones ulteriores en torno a la libertad del hombre y a las posibilidades de su salvación por el respeto de las leyes y por una moral rigurosa. Nadie es ‘inocente’ ante Dios. Yahvé ha concertado una ‘alianza’ con su pueblo, pero su soberanía le permite anularla en cualquier momento.» Es decir, poder absoluto para el Dios de los hebreos y, en consecuencia, sumisión absoluta para quienes se erijan como los guardianes de su palabra, es decir, la Iglesia.

41. Especialmente en el Antiguo Testamento, ya que las posturas se suavizan en el Nuevo y el “carácter” de Jehová se enternece levemente para adecuarse a los nuevos tiempos.

42. Ver nota IV de Notas Complementarias.

CAPÍTULO III

ORÍGENES HISTÓRICOS DEL JUDAÍSMO. YAHVÉ, DIOS DE LOS EJÉRCITOS

*Dice en su corazón el necio: 'No hay Dios' (Salmos 14,1;53-1).
Pero hay otro tipo de necio, más peligroso y seguro de sí mismo, que
dice en su corazón y proclama a los cuatro vientos: 'No hay más
Dios que el mío'.*

Joseph Campbell⁽⁴³⁾

*La manera más clara de conocer la esencia de una religión es
indagar cuáles sean los límites adonde llega su intolerancia.*

Oswald Spengler⁽⁴⁴⁾

43. Campbell, Joseph. *Las máscaras de Dios IV: Mitología creativa*. Alianza Editorial. 1992, p. 50.

44. Spengler, Oswald. *La decadencia de Occidente II*. Ed. Espasa Calpe. 2006, p. 314.

1. SUMERIOS, SEMITAS Y ARIOS

Varios milenios antes del comienzo de nuestra era, existieron tres grandes pueblos a partir de los cuales surgieron la mayoría de las civilizaciones patriarcales de la Antigüedad: los sumerios, los semitas y los arios. Los semitas⁽⁴⁵⁾ eran nómadas que habitaban en los alrededores de Mesopotamia y hacia la península Arábiga. Constituyeron diferentes grupos regionales, entre los que podemos destacar: acadios (que conquistaron el país de Sumer), babilonios, amoritas, cananeos, fenicios, hebreos⁽⁴⁶⁾, asirios, caldeos, arameos y árabes. El origen de los arios se sitúa, probablemente, en las estepas del sur de Rusia y al este del mar Caspio. El nombre de indoeuropeos o «arios» proviene del nombre con el que ellos mismos se llamaban: *aryas* («nobles») –de donde procede el nombre de Irán–. «Ario» es realmente una designación lingüística, como «semita». De hecho, representa a un grupo de pueblos nómadas (persas, armenios, frigios, tracios, ilirios y eslavos) que se abrieron camino en dos hasta la India y Europa⁽⁴⁷⁾ desde su lugar de origen común a mediados del segundo milenio a.n.e.⁽⁴⁸⁾, y que establecieron las llamadas lenguas indoeuropeas: lenguas latinas, griegas, célticas, teutónicas y eslavas, principalmente.

Los arios fueron una sociedad patriarcal de guerreros nómadas y cazadores. Hacia el cuarto milenio se adentraron en Mesopotamia y Anatolia, llegando hasta el valle del Indo, y acabaron por terminar, junto con los semitas que se fueron tras-

45. Ver Nota V de Notas Complementarias.

46. Realmente se desconoce si el término «hebreo» identificaba a una etnia concreta. Es muy probable que fuera sinónimo de alguien de muy baja escala social (esclavos). Esta idea toma consistencia si consideramos que el adjetivo «ibrí» se empleaba para designar a los esclavos.

47. James, E.O. *Historia de las religiones*. Altaya. 1997, p. 74.

48. A lo largo de este ensayo se emplearán las siguientes abreviaturas: a.n.e. (antes de nuestra era) para hacer referencia al periodo anterior al año primero, y d.n.e. (después de nuestra era) para hacer referencia a los años posteriores. Asimismo, también se emplearán números negativos cuando se mencionen años anteriores al año primero, y positivos para hacer mención a los años siguientes.

ladando desde los desiertos sirio-árabes hacia Mesopotamia y Canaán, con toda la cultura matriarcal y milenaria de la Diosa. Este hecho pudo deberse a un cambio de actitud frente a la vida: de un sentimiento de unidad con la naturaleza propio de los agricultores del Neolítico, en virtud del cual entendían los ciclos naturales de muerte y resurrección como integrantes inseparables del ciclo de la vida, se pasó a una interpretación “antinatural” en la que la muerte era el fin de todas las cosas. Este giro en el pensamiento condujo paulatinamente a la parálisis de los ciclos naturales, al fin de los ciclos lunares de muerte y renacimiento, a una lucha continua contra los elementos con el fin de dominarlos a toda costa. Ello supuso, a pesar de que este concepto cíclico del Tiempo y la Naturaleza siguió vivo en Egipto durante siglos, el comienzo del fin de la unión ancestral del hombre con su entorno.

Las creencias religiosas presemíticas y prearias del Neolítico y de la Edad del Bronce eran de tipo místico-emotivas, es decir, de marcado carácter matriarcal y de adoración a la Naturaleza, a la Madre Tierra, en lo que se denotaba una clara dependencia del hombre respecto de las fuerzas naturales. Estas religiones –por llamarlas de algún modo– entendían el ciclo de la vida-muerte-resurrección como hechos elementales de la vida, partes indispensables en el *eterno retorno* del universo; mientras que las religiones de los pueblos nómadas patriarcales y de los guerreros invasores experimentaban una desunión trascendental de la naturaleza y del hombre, pasando éste de ser una parte integrante del universo a ser la parte dominadora. De esta forma, el estado patriarcal del hombre representa su individuación respecto de las fuerzas naturales.

En Mesopotamia, entre los años 3000 y 2500 a.n.e., se produjo una desastrosa ruptura de identidad entre el hombre y lo divino. Este alejamiento, buscando unas razones puramente climáticas, pudo deberse a los paisajes extremos de los desiertos y las estepas que pudieron afectar al espíritu y al pensamiento humano. Hecho éste que llevó al hombre a una sensación última de aislamiento, y que se tradujo irremediabilmente en una pérdida de armonía, en una ruptura completa del hombre y la naturaleza, considerada divina en otras zonas donde el clima

no era tan extremo y, en consecuencia, la vida algo más sencilla. Esta división fue heredada –o compartida– por los posteriores sistemas míticos occidentales, aunque esto no ocurrió ni en Egipto⁽⁴⁹⁾ ni en el Lejano Oriente, especialmente en Japón.

Durante el cuarto milenio a.n.e., el sur de Mesopotamia fue invadido y poblado por los sumerios⁽⁵⁰⁾, provenientes, quizás, de la India o de Asia central. Tras años de rivalidades entre los sumerios y los semitas (acadios) del sur, se alcanzó la unión en el -2300, bajo el mandato del rey acadio Sargón. El nacimiento de este rey es muy similar al de Moisés⁽⁵¹⁾, pues se cuenta que su madre, tras parirle en secreto, lo colocó en un cesto de juncos, abandonándolo en el río Éufrates. La patria originaria de los semitas puede localizarse al norte del desierto de Arabia, ya que todos los desplazamientos provinieron de ese lugar. La primera de estas oleadas llevó a Mesopotamia a los acadios. La segunda fue la de los amoritas que, gracias a su rey Hammurabi, contribuyeron a la preponderancia semítica en Babilonia (nombre con el que se conoció el norte acadio de Sumer). Durante el tercer milenio antes de nuestra era se produce la entrada de los cananeos y, después de ellos, entraron los hebreos que los derrotaron. El pueblo hebreo era descendiente de los amorreos y de los *Khabirus*.

Estas dos civilizaciones tenían un concepto opuesto de lo divino. Mientras que las deidades indoarias eran –y son– de carácter universal y aceptan una especie de sincretismo con otras deidades universales, no sucede así en las tribus semitas, cuyas deidades son tribales y no sincréticas. Esto explica el hecho de que, para los hindúes, griegos y romanos, sus deidades sean “intercambiables” (Indra = Zeus = Júpiter); pero no ocurre así en las tribus semitas, cuyas deidades (especialmente Yavhé) son *el único dios* supremo y todas las demás deidades se transforman en demonios. Una intransigencia de las que conocemos sobradamente las consecuencias.

49. Tal vez por las predecibles inundaciones del Nilo que aseguraban la fertilidad de los valles y, por tanto, el bienestar de la población.

50. Ver nota VI de Notas Complementarias.

51. Ver nota VII de Notas Complementarias.

La tierra de Canaán⁽⁵²⁾ es una estrecha franja costera al este del Mediterráneo, de límites algo imprecisos, aunque puede considerarse como una banda de suelo montañoso en los confines occidentales de Asia. Ocupa parte de lo que hoy es Siria, Líbano, Jordania e Israel. Limita al oeste con el mar Mediterráneo y al este con el desierto sirio. Al norte se encuentra la llanura de Esdebrón (a cuya derecha se encuentra el lago Tiberíades). Ocupa un territorio de poco más de veinticinco mil kilómetros cuadrados, aunque constituye un valioso punto de unión entre Asia Menor y el norte de África, en particular Egipto, país que representa la frontera entre el animismo del África negra y el politeísmo de la espiritualidad asiática. Fue un puente entre las culturas mediterráneas y Asia⁽⁵³⁾, lo que llevó a Canaán a ser un enclave fundamental en las rutas de caravanas de la Antigüedad y a ser depositaria de los sueños imperialistas de los egipcios, los asirios, los babilónicos, los persas, y, posteriormente, de los griegos y los romanos.

Durante la Edad de Bronce y la Edad de Hierro, ciertas tribus nómadas de origen semítico (hebreo), procedentes de Mesopotamia y del desierto de Siria, habían comenzado a establecerse (por la fuerza, mediante el derramamiento de sangre) en esta zona fértil y próspera, la “Tierra Prometida” por Dios a Abraham⁽⁵⁴⁾. La región estaba ocupada por agricultores sedentarios, y los hebreos adoptaron la religión y la mitología de los cananeos (una religión muy asentada y en la que predominaba el culto a la Gran Diosa, *Ashera*), así como de los vecinos pueblos mesopotámicos de Sumer y Babilonia.

Los israelitas ocuparon parte de esta estrecha franja de tierra quizá en el siglo XIV a.n.e. –y con más probabilidad en el XIII–, donde se fundieron con aquellos invasores anteriores, los hebreos. Al penetrar en Canaán, los patriarcas del pueblo israelita –Abraham, Isaac y Jacob (o Israel)– tuvieron que enfrentar su culto al Dios Padre (que, posteriormente pasaría a llamarse

52. Ver nota VIII de Notas Complementarias.

53. Esto sucedió así ya que en sus márgenes confluían los tres continentes conocidos (Europa, Asia y África).

54. Ver nota IX de Notas Complementarias.

Yahvé) con el culto ya existente de la divinidad suprema «El» de los cananeos y el de la diosa *Ashera/Astarté*, adorada por los fenicios que, a su vez, habían recibido el culto de los babilonios. Según nos cuenta la Biblia, Abraham había partido de Ur, su ciudad natal, al sur de Mesopotamia, con su clan hacia la Tierra prometida por Yahvé, Canaán (que coincide hoy en día con el territorio de Palestina), sellando el pacto mediante la Alianza (la Antigua Alianza). Jacob, el nieto de Abraham, renueva el pacto con Yahvé, y sus doce hijos representarían los antepasados de las Doce Tribus que formarán Israel. «Israel» significa «pueblo elegido por Dios», Yahvé, que selló su pacto con Abraham firmando una Alianza eterna por la que deberían guardar una devota adoración a este dios para que pudiera conducirlos hacia el dominio del mundo.

Los descendientes de Jacob, los israelitas, eran un pueblo de pastores nómadas sin tradiciones culturales más allá del fervor religioso, pero tuvieron que convertirse en un pueblo guerrero ante las continuas invasiones a las que se veían sometidos en su precario asiento en Canaán. Necesitaban un instrumento que les permitiera mantenerse unidos ante la adversidad y las continuas derrotas que les infligían. Para ello, nada mejor que crear una religión que los hiciera únicos, especiales, elegidos por una suprema deidad para gobernar el mundo. Este delirio religioso les llevó a considerarse el pueblo elegido por Dios, su dios tribal Yahvé, un dios guerrero que debía forjar una alianza eterna con el pueblo designado para dominar a todos los hombres: el pueblo de Israel⁽⁵⁵⁾.

2. EL MONOTEÍSMO HEBREO

La idea del monoteísmo judío⁽⁵⁶⁾ fue introducida entre el pueblo hebreo por Moisés, quien, según la tradición, había

55. Ver nota X de Notas Complementarias.

56. Se emplearán los seudónimos «hebreo», «judío» e «israelita» como términos equivalentes, pues, en realidad, los pueblos hebreos e israelitas terminaron por fundirse en uno solo. El término «judío» no hace más que referenciar a los habitantes de una zona concreta donde se asentaron estos

sido educado en Egipto de acuerdo a las ideas del monoteísmo impuesto por el faraón Amenhotep IV; ideas novedosas es su tiempo, aunque en la época mosaica estuvieran eliminadas desde hacía más de un siglo. Moisés fue el verdadero puente de unión entre la civilización egipcia y Occidente –al igual que, posteriormente, lo sería Pablo para el judaísmo y el cristianismo–. El monoteísmo judío surgió a partir de la imagen de un dios tribal, Yahvé⁽⁵⁷⁾, que los hebreos tomaron como la viva representación de la personalidad del Uno, del Todopoderoso, del Dios Supremo. De este dios tribal, E.O. James nos cuenta: «Es probable que ‘Yavhéh’ fuera el apelativo familiar de una deidad semítica occidental de la época, y más concretamente entre los quemitas, un clan madianita que vivía en las proximidades del Orbe, el monte sagrado identificado erróneamente con el Sinaí⁽⁵⁸⁾. Con ellos pasó Moisés varios años, entre su huida a Egipto y su retorno a ese país para sacar al desierto a sus hermanos oprimidos (*Ex.* 2, 15 ss) [...]. Jetró, que se supone debió de ser un sacerdote de Yavhéh (*Ex.* 3, 1; 18, 1 ss), pudo ser el primero en introducir a Moisés⁽⁵⁹⁾ en el conocimiento

dos pueblos. En un principio sólo a los hebreos del reino de Judá se les llamó «judíos», pero, tras imponerse este reino sobre el reino de Israel, se extendió este término a todo el pueblo hebreo.

57. Nombre derivado del tetragrámaton, o nombre sagrado de Dios, IAO/IEUE/YHWH, que representa la totalidad de Dios, pues la «I» simboliza la unidad, la «A» es el *alpha* o comienzo, y la «O» es el *omega* o final. Para los israelitas, YHWH son las siglas que representaban a los cuatro miembros de la familia celestial: “Y” representaba a El, el padre, “H” era Ashera/Astoret (primera deidad femenina adorada por los israelitas hasta el siglo VI a.n.e. Era la Diosa Madre), “W” era el Hijo (el llamado Rey de los Cielos, llamado «He»), y «H» la Hija (Anat). El tetragrámaton se empleaba con frecuencia en los textos pues se pensaba que cualquier cosa que llevara el nombre sagrado no podría ser destruida.

58. El nombre Monte Sinaí significa «Montaña de la Luna», y proviene de la deidad andrógina lunar de Babilonia: Sinn.

59. Moses o Moisés, era el nombre que se le daba al iniciado en el ritual del “rocío” en el antiguo Egipto, en el que se bautizaba al discípulo con rocío, simbolizando el “líquido” que representa la perfecta comunión del Cielo y la Tierra. Al asumir posteriormente el rito iniciático del bautismo, los hebreos sustituyeron el epíteto de “rocío” asociado a Moisés y lo convirtieron en el “salvador”, “el salvador de las aguas”, de ahí proviene la

de Yavhéh y quien le instruyó en el culto a su dios quenita. Algunos estudiosos, sin embargo, opinan que Yavhéh era de origen árabe, y que Jetró se convirtió a su culto al comprobar su poder entre los israelitas [...]. El que Yavhéh sobreviviera como único dios legítimo de Israel, hasta llegar a ser reconocido como único señor del universo, constituye el logro más notable de la religión hebraica»⁽⁶⁰⁾.

Originalmente, Yahvé –que fue el único dios del Mundo Antiguo que se hizo adorar sin imágenes– fue una figura andrógina, un espíritu de la naturaleza, un dios de la tempestad o de la tormenta cuyas raíces se remontan a la pareja divina integrada por el dios del huracán y de la fecundidad, Baal⁽⁶¹⁾, y por la diosa de la fertilidad (sobre todo de la fertilidad agraria), Belit. Poco a poco se fue suprimiendo la adoración a la figura femenina y desviando el culto de Baal hacia la deidad tribal, Yahvé, una figura más consoladora y apropiada para los fines espirituales que el pueblo hebreo necesitaba. Esta figura llegó a convertirse, sin embargo, en un dios justiciero, defensor del ojo por ojo, que nada tendrá que ver, al menos en apariencia, con su hijo Jesús en la tierra.

historia de su salvación de las aguas del Nilo por la hija del faraón cuando era un bebé –(Éxodo 2, 10): «Cuando el niño creció, ella se lo llevó a la hija del faraón. El vino a ser para ella su hijo, y ella le puso por nombre Moisés, diciendo: ‘Porque de las aguas lo saqué’»– y su supuesto dominio de las aguas del Mar Rojo.

60. E.O.James, *Historia de las religiones*. Altaya 1997, pp. 62–68.

61. Belcebú es una deformación del ídolo filisteo *Baal-Zéboul*, que, en los tiempos de Jesús, era considerado por los judíos como el “príncipe de los demonios”.

Los politeístas⁽⁶²⁾ creían que este Dios Único –creado a partir del concepto arquetípico⁽⁶³⁾ del Uno, de la Unidad, del Todo, de lo Eterno– tenía muchos rostros, muchas personalidades (el concepto del bien y del mal estaban englobados en una única deidad, que, según el rostro que mostrara, tomaba forma de uno u otro dios). Por esta vía monoteísta, que despreciaba la idea de la existencia de varias facetas de lo Único, el judaísmo –y, por tanto, el cristianismo– se transformó en una religión autoritaria que despreciaba todo aquello que no estuviera de acuerdo con la única figura de su dios tribal y justiciero. Lentamente fue aplastando todo cuanto de espiritualidad y maravilloso misticismo había en los cultos paganos –mucho más refinados y complejos de lo que la Iglesia se ha encargado de mostrar al mundo–, que recogían lo mejor de la llamada espiritualidad occidental⁽⁶⁴⁾. Ésta tenía como fundamento la idea central de que los caminos que conducen a este Dios Único son tan variados (infinitas formas del Uno) que su búsqueda debía ser personal, interior, y sus cultos estaban encaminados hacia las profundidades del alma humana. Proponían, por tanto, que cualquiera puede alcanzar

62. Es posible elaborar una teoría según la cual el politeísmo surgió como consecuencia de las diferentes inquietudes incomprensibles que acuciaban la mente del hombre primitivo. Así pues, y por poner algunos ejemplos, podemos citar el más importante: el Sol, sin el que no existiría la vida. También la sequía era un problema que se intentó comprender a partir de la creación de una divinidad de la lluvia a la que había que adorar. Igual pudo suceder con la fertilidad, tanto femenina, como de la propia tierra. Todos estos “problemas” de difícil entendimiento para el hombre antiguo derivaron en la creación de distintas divinidades –que, por supuesto, estarían agrupadas jerárquicamente, pues deberían representar la desigualdad existente en el ser humano– a las que se les debía culto, respeto y veneración.

63. Ver nota XI de Notas Complementarias.

64. Tal y como expone Mircea Eliade: «Si la religión y la mitología griegas, radicalmente secularizadas y desmitificadas, han sobrevivido en la *cultura* europea, se debe precisamente al hecho de que se habían expresado mediante obras maestras literarias y artísticas [creadas por Homero y Hesiodo, principalmente]. Por el contrario, las religiones y las mitologías populares, las únicas formas paganas *vivas* en el momento del triunfo del cristianismo, han sobrevivido, cristianizadas, en las tradiciones de las poblaciones rurales.» (Eliade, Mircea. *Aspectos del mito*. Ed. Paidós. 2000, p. 138).

el Reino de Dios, la Iluminación, el Conocimiento: cualquiera puede ser Cristo.

A pesar de que sea una creencia común, el monoteísmo originario del pueblo hebreo es, una vez más, otra falacia bien orquestada y propagada por los judíos en el Antiguo Testamento. La religión del antiguo Israel no se correspondía con el monoteísmo sobrenatural de la época postexílica, sino que era politeísta –y polidemónica–, como la de todos los otros pueblos semitas. De hecho, cientos de años antes de la aparición de la figura del dios único Yahvé, Hammurabi, en torno al -1700, intentó una reforma político-religiosa colocando al dios del Sol Marduck como el dios supremo del imperio mesopotámico. Posteriormente, los egipcios Amenhotep IV⁽⁶⁵⁾/Akhenathon (1377–1358 a.n.e.) y Tutankamon (1357–1344 a.n.e.) –que adoraron a un único dios, Amón/Atón⁽⁶⁶⁾, divinamente revelado–, y el zoroastrismo de Mithra, supusieron los primeros intentos formales de monoteísmo. Existe, no obstante, una diferencia fundamental entre el monoteísmo de Moisés y el de Akhenathon: mientras que el primero afirmaba que «no hay más dios que el mío», el segundo interpretaba que su dios era el “creador” de todos los demás dioses. Es más, antes de la aparición del yahveísmo monoteísta (o, al menos, de la monolatría a Yahvé), la mayor parte del pueblo hebreo era politeísta. Éste fue un hecho encubierto y falsificado a la hora de traducir el Antiguo Testamento, donde se intercambiaron las deidades Elohim/Baalim/Adonai (Kyrios⁽⁶⁷⁾ en griego) por la deidad única Yahvé⁽⁶⁸⁾.

Por tanto, los puntales básicos que sustentan el judaísmo son: a) la fe en que Dios –el único Dios, Yahvé– ha elegido al pueblo hebreo como Su Pueblo; b) el pacto firmado entre el

65. Ver nota XII de Notas Complementarias.

66. Término que significa «disco solar».

67. El título de *Kyrios* (Señor) con el que Pablo nombraba a Jesús, era una denominación antigua y frecuente en casi todas las religiones de la Antigüedad. Además era el título que las religiones místicas daban a su dios-héroe. Para los judíos, era una palabra sustitutiva frecuente del nombre de su Dios, que consideran sagrado e impronunciable.

68. Ver nota XIII de Notas Complementarias.

pueblo de Israel y Dios conforme a esa elección; c) la observancia de la Ley –de los cinco primeros libros de las Escrituras, el *Pentateuco*– que les hará ser fieles y mantendrá a Yahvé “contento”⁽⁶⁹⁾; y d), finalmente, la promesa realizada por Yahvé acerca de la tierra con los que les bendeciría, una tierra de la que “mana leche y miel” (*Deuteronomio* 6, 1–3).

Para explicar que los impíos eran más “felices” y prosperaban más que ellos, los judíos insertaron la creencia de que los justos (es decir, los propios judíos), los verdaderamente justos, eran aquellos que sufrían en esta tierra para recibir finalmente su recompensa en el Reino de los Cielos junto a su dios.

El mérito religioso de Israel fue transformar las relaciones con su dios en una especie de “historia sagrada”, una forma de contar la historia desconocida hasta ese momento. Con el sacrificio⁽⁷⁰⁾ de Abraham al pretender matar a su hijo Isaac por una simple orden de su dios (sin que llegara a comprender su verdadero significado), se creó el acto de fidelidad absoluta hacia el dios supremo; es decir, se creó la fe. Este mito se sustentaba en la costumbre ancestral entre los pueblos antiguos de sacrificar al primogénito a una deidad como máximo acto de abnegación. Se encuentran ejemplos próximos al del pueblo hebreo en

69. Para ello deberán, entre otras cosas, mantenerse “puros”, evitando el contacto con los impíos; es decir, nada de matrimonios ni relaciones sexuales con los no judíos.

70. El origen de los rituales de sacrificios pudo tener lugar en el sentimiento de angustia y desazón del hombre cuando le “arranca” a la tierra sus frutos en la recogida de la cosecha, o “mata” a uno de sus hijos (los animales) en la caza. El simbolismo del ritual tiene por fin el de devolver a la tierra parte de lo “robado”, especialmente en los sacrificios de sangre, donde se devolvía a la tierra parte del principio de vida para que, a partir de él, pudieran volver a regenerarse los ciclos naturales. El caso extremo de estos sacrificios, el de un ser humano, alcanza unos valores que sobrepasan lo meramente espiritual o ritual, y tan sólo refleja la psicosis y el terror inconsciente que reside en un alma que se ha desligado por completo de la naturaleza. En esos rituales sanguinarios, con la muerte del sacrificado (el “chivo expiatorio”), se “aliviaban” las conciencias perturbadas y se canalizaban los miedos y las fobias en la matanza, de tal forma que la muerte de un ser vivo representaba el fin de los miedos, el apaciguamiento de un alma transtornada.

los rituales fenicios donde se sacrificaba al primogénito varón al dios Moloch.

3. DIVISIONES EN EL REINO DE DAVID. *GUERRAS SANTAS*

El fanatismo religioso se fue forjando a medida que los judíos comenzaron a considerarse especiales y empezaron a despreciar a todos los “impuros”: los que no pertenecían a la “Tierra de Judá” y no profesaban su fervorosa idolatría. Estos sentimientos tuvieron su máximo apogeo imperialista con los reinados de David y Salomón, que llevaron al pueblo de Canaán, tras la unificación de las tribus nómadas, a su máximo esplendor. Estas guerras de conquistas se relatan perfectamente en el libro de los *Jueces*; unas “guerras santas” ordenadas por su dios Yahvé, *Dios de los Ejércitos*, para conquistar toda la tierra prometida. David, hacia el final del segundo milenio, creó el Estado nacional y consiguió así el máximo período de esplendor para Israel, cuyas posesiones llegaron entonces desde la Siria media hasta los límites de Egipto; y les llevó a convertirse en la nación más fuerte entre los grandes imperios de Mesopotamia, Hamath y Egipto. Tras el hundimiento del gran reino forjado por David hacia el año 1000 a.n.e., y la división del mismo en un reino meridional, el reino de Judá (bajo la casa de David y constituido por las tribus de Judá y Benjamín), y otro septentrional, el reino de Israel (bajo diversos reyes y formado por las diez tribus restantes), ya no cesaron jamás las luchas por el poder. En principio, sólo a los hebreos de Judá se les llamó «judíos», pero, tras imponerse este reino, se extendió este término a todo el pueblo hebreo.

En el -722, los asirios conquistan Israel. Entre los años -597 y -587 los babilonios, bajo Nabucodonosor, se apoderan asimismo del reino de Judá, destruyendo totalmente su capital, Jerusalén, en el año -586 y mandando al destierro a la mayor parte del pueblo judío (la Diáspora). Cuando el rey persa Ciro II conquistó el reino de Babilonia, entre el -538 y el -537, una

minoría de los exiliados regresó a su país e inició, en el año -520, la reconstrucción del Templo. El llamado Segundo Templo quedó terminado en el -515, y era más grande que el anterior, principalmente gracias a los subsidios de los persas. A causa de la victoria persa, que trae consigo el fin del destierro impuesto por los babilónicos, los judíos comienzan a dirigir sus miradas a la doctrina de Zaratustra –de hecho, en el libro de *Isaías* el mismo Ciro es acogido como el esperado Mesías, el “libertador de Israel”, al liberar al pueblo hebreo de la opresión babilónica–. Merced a la adopción de la doctrina de Zaratustra, se pasa de un “profetismo puro” (como el de Amós, Oseas, Isaías y Jeremías) a un “profetismo apocalíptico” (como el observado en Deutero-Isaías, Ezequiel y Zacarías), donde se piensa que el fin del mundo está cerca y que dejará paso a un nuevo comienzo en el que la tierra será un nuevo Edén paradisiaco. Este profetismo se irá desarrollando especialmente a partir del siglo II a.n.e., a medida que la influencia de la civilización helena vaya adentrándose en la cultura hebrea.

CAPÍTULO IV

EL TEMOR COMO DOGMA ESENCIAL. JUSTICIA DIVINA DE JEHOVÁ

El temor de Jehovah es el principio del conocimiento.

Proverbios (1, 7)

El temor de Jehovah es limpio; permanece para siempre. Los juicios de Jehovah son verdad; son todos justos.

Salmos (19, 9)

Yo declaro que la justicia no es otra cosa que la conveniencia del más fuerte.

Platón

Ver que los ardides del zorro triunfan sobre la justicia del león, lleva al creyente a dudar de la justicia.

Khalil Gibran

Uno de los recursos más empleados para mantener subyugado al hombre y adormecer sus instintos innatos de libertad es idear un temor irracional a un ser todopoderoso, omnisciente, omnipotente y... terrible. Para eso nada mejor que el dios de los judíos. Existe una larga serie de pasajes en la Biblia que ayudan a comprender esta inexorabilidad de Yahvé.

En el episodio del éxodo de Egipto –suceso que probablemente tuvo lugar durante el reinado de Meneftah, sucesor de Ramses II, hacia el -1250–, en el que 600.000 judíos (un número

que intenta exaltar la grandeza del pueblo hebreo) atravesaron el Mar Rojo⁽⁷¹⁾, encontramos en *Éxodo* (20, 7): «Yo soy Jehovah tu Dios, un Dios celoso que castigo la maldad de los padres sobre los hijos, sobre la tercera y sobre la cuarta generación de los que me aborrecen.»

En *Deuteronomio* (6, 12) tenemos: «Entonces ten cuidado; no sea que te olvides de Jehovah que te sacó de la tierra de Egipto, de la casa de esclavitud⁽⁷²⁾. A Jehovah tu Dios temerás y a él servirás, y por su nombre jurarás. No iréis tras otros dioses, tras los dioses de los pueblos que están a vuestro alrededor; porque Jehovah tu Dios es un Dios celoso que está en medio de ti. No sea que se encienda el furor de Jehovah tu Dios contra ti, y te destruya de la faz de la tierra.» Continúa en el capítulo VII: «El furor de Jehovah se encenderá sobre vosotros y pronto os destruirá. Ciertamente así habéis de proceder con ellos: Derribaréis sus altares, romperéis sus piedras rituales, cortaréis sus árboles de Asera⁽⁷³⁾ y quemaréis sus imágenes en el fuego [...] Destruirás todos los pueblos que Jehovah tu Dios entrega en tus manos. Tu ojo no les tendrá lástima.» Continúa en el capítulo VIII: «Pero sucederá que si alguna vez llegas a olvidarte de Jehovah tu Dios, y caminas en pos de otros dioses y les rindes culto postrándote ante ellos, entonces yo testifico hoy contra vosotros que pereceréis totalmente.»

En estos pasajes queda patente el tono claramente sanginario, destructivo, y hoy diríamos nacionalista e imperialista, de Jehová. Una deidad que pretende llevar a todo el que cumpla sus órdenes, es decir, a su pueblo elegido: el pueblo hebreo –y, especialmente a las tribus de Judá y Leví–, a la supremacía mundial sobre todas las naciones, destruyendo y aniquilando sin miramientos a todo aquel que se le oponga.

71. En realidad, es muy probable que «Mar Rojo» («Red Sea») sea una traducción errónea de «Rede Sea», «mar de juncos» o «mar de cañas», y que hace referencia a una zona pantanosa de los Lagos Amargos, que, en los tiempos de Moisés, estaba unida al golfo de Suez. Este error procede, posiblemente, de la traducción al inglés que hizo Lutero basándose en la anterior traducción de John Wyclif en el siglo XIII.

72. Ver nota XIV de Notas Complementarias.

73. Diosa Madre, Madre Naturaleza. Se expondrá la influencia del culto femenino tanto en el pueblo cananeo como en el mundo antiguo a lo largo de este ensayo, especialmente en el capítulo “El número sagrado de la Diosa: 666”.

Pero uno de los pasajes más significativos del Antiguo Testamento, que delata como ningún otro el carácter del dios de los judíos, es el que encontramos en *Deuteronomio* (20, 10–18): [Habla Yahvé]: «*Cuando te acerques a una ciudad para combatir contra ella*⁽⁷⁴⁾, *le propondrás la paz. Si te responde con paz y te abre sus puertas, toda la gente que se halla en ella te rendirá tributo laboral, y ellos te servirán. Pero si no hace la paz contigo, sino que te hace la guerra, entonces la sitiarás. Cuando Jehovah tu Dios la entregue en tu mano, matarás a filo de espada a todos sus varones. Solamente las mujeres, los niños, los animales y todo lo que haya en la ciudad, todo su botín, podrás tomar para ti y comer del botín de tus enemigos que Jehovah tu Dios te entregó. Harás esto con todas las ciudades que estén muy distantes de ti, que no sean de las ciudades de estas naciones de aquí. Pero en las ciudades de estos pueblos que Jehovah tu Dios te da por heredad, no dejarás con vida a ninguna persona. Los destruirás completamente, como Jehovah tu Dios te ha mandado.*»

Palabra de Jehová, palabra de Dios.

Pasajes de semejante índole los encontramos en: *Éxodo* (12, 12) y (20-21); *Levítico* (5, 17–19), (10, 1–2), (20, 10) y (21, 16–23); *Jueces* (20, 17–48) *I Samuel* (2, 30–33) y en (3, 11–14); *II Reyes* (3, 16–19) y (9, 6–10); *I Crónicas* (21, 2); *II Crónicas* (14, 9–15); *Salmos* (44, 2–8); *Proverbios* (3, 5); *Sofonías* (2, 4–15); y *Zacarías* (12, 1–8).

En *I Crónicas* se resumen las victorias del rey David alentadas por su Dios, Jehová, Dios de los Ejércitos. Hay que reseñar que este rey cobraba desorbitados tributos por sus conquistas a los pueblos sometidos⁽⁷⁵⁾ –tal y como se detalla con claridad en (16, 1–11)–. Una actitud ésta que la Iglesia, a lo largo de toda su his-

74. Las masacres y saqueos de ciudades enteras de la mano de los israelitas y bajo el orden y la batuta de su Dios justiciero se cuentan a pares en el Antiguo Testamento. Entre estos episodios podemos citar la caída de Jericó, quizás el orbe más antiguo del mundo, con casas datadas alrededor de 7.000 años a.n.e, que fue conquistada y arrasada por Josué, sucesor de Moisés, sobre el -1.200.

75. En *Josué* (6, 15–21) se describe el deseo de Jehová de acumular tesoros, algo que, en otra de las innumerables contradicciones de la Biblia, dejaría ya de ser bien visto en el Nuevo Testamento, tal y como podemos comprobar en *Mateo* (6, 19): «*Sobre las riquezas: No acumuléis para vosotros*

toria, ha copiado fielmente. El clero de la época apoyaba incondicionalmente a este monarca debido a que hacía las guerras en nombre de Yahvé y a que destinaba parte del botín obtenido para la construcción del Templo, hecho éste que aseguraba la permanencia del clero dentro de los límites del poder.

Bajo el dominio de David y de Salomón fue cuando el número de esclavos aumentó espectacularmente. Se emplearon para aumentar las riquezas (especialmente en las minas) y las construcciones religiosas, como el Gran Templo. Estas donaciones de los reyes a las instituciones religiosas siempre han producido pingües beneficios para ambas partes, por lo que la Iglesia, como no podía ser de otra forma, ha apoyado en cualquier época todo aquello que aumentara su poder y sus bienes⁽⁷⁶⁾.

Una Iglesia que sentó sus bases autoritarias (en esencia: temor y justicia divina) en el Nuevo Testamento, y más concretamente en la *Epístola a los Romanos* (13): *«Toda alma ha de estar sometida a las autoridades superiores, pues no hay autoridad sino bajo Dios; y las que hay, por Dios han sido establecidas, de suerte que quien resiste a la autoridad, resiste a la disposición de Dios, y los que la resisten se atraen sobre sí la condenación. Porque los magistrados no son de temer para los que obran bien, sino para los que obran mal. ¿Quieres vivir sin temor a la autoridad? Haz el bien y tendrás su aprobación, porque es ministro de Dios para el bien. Pero si haces mal, teme, que no en vano lleva la espada. Es ministro de Dios, vengador para castigo del que obra mal. Es preciso someterse no sólo por temor al castigo, sino por conciencia. Por tanto, pagadles los tributos, que son ministros de Dios ocupados en eso. Pagad a todos lo que debáis; a quien tributo, tributo; a quien aduana, aduana; a quien temor, temor; a quien honor, honor.»*

tesoros en la tierra, donde la polilla y el óxido corrompen, y donde los ladrones se meten y roban.»

76. Tal es el caso del que es, en mi opinión, el mayor genocidio de la historia de la humanidad: las decenas de millones de hombres que fueron asesinados y esclavizados en las colonizaciones de África y las invasiones de América, para aumentar la “grandeza de Dios” y, por ende, la miserable riqueza y ansias de poder de los hombres. Un genocidio que, hasta la fecha –y mucho me temo que aún restan muchos años para que Occidente esté dispuesto a aceptar un crimen semejante–, permanece impune.

Unas bases en las que se cimentaría todo su poder a lo largo de los siglos.

Temer a Dios, siempre temer a Dios. «Hemos olvidado cómo aparecería el mundo a los ojos de una persona que no hubiera conocido el miedo» (Heidegger *dixit*).

CAPÍTULO V

ASTROLOGÍA EN LA BIBLIA. ERA DE PISCIS. EL PEZ DE LOS CRISTIANOS

Cada cual interpreta a su manera la música de los cielos.

Proverbio chino

1. ORÍGENES DE LA ASTROLOGÍA

Para arrojar algo de luz sobre el advenimiento del cristianismo y su supuesto origen divino será necesario hacer una breve introducción a la Astrología. Esta ciencia, que no es más que la interpretación del movimiento de las estrellas y su influencia en los seres vivos, sirvió de base en el mundo antiguo para predecir las estaciones, las épocas de siembra y cosecha, los efectos del Sol sobre las plantas, y cómo afectaba el crecimiento y mengua de la Luna sobre las mareas.

Surgió en Caldea –de hecho, a los antiguos astrólogos se les llamaba “caldeos”–, se extendió posteriormente a Mesopotamia⁽⁷⁷⁾, Egipto⁽⁷⁸⁾, Tibet y China, así como a Grecia,

77. El perfeccionamiento de la Astrología en esta zona pudo deberse a la necesidad de controlar las imprevisibles crecidas del Tigris y el Éufrates.

78. En este caso las crecidas del Nilo eran mucho más estables, y estaban precedidas por las apariciones anuales de la estrella Sothis (Sirius), la «estrella de Isis», la «Señora del Cosmos.»

Roma –gracias a personajes como Hiparco de Nicea y a Claudio Ptolomeo– y el mundo árabe⁽⁷⁹⁾.

La Astrología propone la existencia de un cierto determinismo que rige la vida de un hombre en función de la influencia recibida por los astros⁽⁸⁰⁾. Algo que va en contra de la postura cristiana, que defiende el libre albedrío del hombre y que éste es el único responsable de su propio destino y de alcanzar el Reino de los Cielos en función de sus obras. Por tanto, el simple hecho de considerar la existencia de otro ser, cuerpo, ente o astro, además de Yahvé, que pueda controlar, aunque sólo sea parcialmente, el destino de los hombres⁽⁸¹⁾, es una idea absolutamente inconcebible –e inaceptable– para los literalistas de la Iglesia. Debido a esta absurda creencia, todo aquel que practicara las artes adivinatorias era acusado de herejía⁽⁸²⁾, y era carne de hoguera para las fauces de la Inquisición, siempre atentas a cualquier ideología que pudiera mermar el omnipresente poder de la Iglesia.

Debemos tener en cuenta que el cielo es el arquetipo por excelencia del orden universal. El dios que preside la corte celestial es el Soberano y garantiza tanto la perennidad y la intangibilidad de los ritmos cósmicos como el equilibrio de las

79. Lacuela, Jorge G. *Astrología: Entender los signos del zodiaco para mejorar las relaciones personales*. Ed. Óptima. 2004, p. 9.

80. Personajes tan ilustres como Kepler, el científico del siglo XVI (que, entre otras cosas, calculó las órbitas elípticas de los planetas del Sistema Solar), pensaba que los cuerpos celestes emiten una radiación que influye directamente en el ser humano.

81. Jung hace una interesantísima reflexión acerca del destino de los hombres. «Me ha hecho la más profunda impresión de que lo nuevo que el destino guarda, rara vez, o nunca, corresponda a la expectativa consciente y, lo que es aun más notable, contradiga igualmente a los instintos arraigados, tal y como los conocemos, y sea sin embargo una expresión extraordinariamente precisa de la personalidad total, una expresión que no se podría en absoluto imaginar más completa.» (Jung, C.G. & R. Wilhelm. *El secreto de la flor de oro*. Ed. Paidós. 1955, p. 33).

82. Este término (del griego *hatresis*) no tenía inicialmente las connotaciones negativas que la Iglesia se encargó de atribuirle, sino que, en la literatura clásica, se llamaba “herejía” a cualquier opinión, escuela filosófica, grupo o partido político o religioso.

sociedades humanas. De ahí que surgieran todo tipo de historias mitológicas en torno a los dioses uranios que representaban la omnipotencia de los cielos; y que la figura del Dios Padre⁽⁸³⁾, dueño y señor de los cielos, fuera una figura repetida en la mayoría de las religiones antiguas⁽⁸⁴⁾, en la que las estrellas constituyen su ejército. Recordemos que en el Antiguo Testamento a Yahvé se le llama en numerosas ocasiones el «Señor de los Ejércitos», y que manifiesta su poder mediante la tormenta, el rayo y el fuego, anunciándose en varias ocasiones por el trueno. Un fenómeno natural que, probablemente, fuera la primera noción de un poder mayor, de lo divino, experimentada por el ser humano.

Aunque no existen pruebas documentadas escritas sobre la utilización de relojes solares y lunares en la prehistoria, sí existen pruebas irrefutables sobre la existencia de los mismos y sobre la importancia que se le concedía al estudio de los cuerpos celestes. Quizá el más famoso de estos relojes sea Stonehenge, situado en la llanura de Salisbury, un templo megalítico empleado para determinar las estaciones a partir del alineamiento del Sol sobre sus pilares de piedra. También fueron muy utilizados los relojes lunares, que comprendían el tiempo transcurrido entre la aparición de una Luna nueva y la siguiente, de una duración aproximada de 29,5 días, muy parecida al mes actual⁽⁸⁵⁾. La aparición de la semana –que no

83. Aunque el culto a la Gran Diosa (la Madre Naturaleza) era el culto más extendido en la Antigüedad, algunas culturas como la griega, la india o la egipcia, también concibieron el aspecto masculino de un Dios Padre. El significado etimológico de la figura divina del Dios Padre no es originario del cristianismo, sino que parte de la mitología griega en forma de Zeus Pateras, el dios padre del cielo, que a su vez toma el nombre de la versión india Dyaus Pitar. Éste, a su vez, está relacionado con el egipcio Ptah, y de Pitar procede la palabra *pater*, o padre. Zeus equivale a Dyaus, que se convirtió en Deos, Deus, y, finalmente en Dios.

84. Ver nota XV de Notas Complementarias.

85. El calendario que empleamos en la actualidad proviene del calendario romano que, a su vez, derivaba del calendario lunar. Hacia la mitad del siglo I d.n.e., y tras varios años de confusiones generadas por no fijar con exactitud la duración de un mes, surgió el llamado calendario Juliano, fundamentado en el calendario solar (originario de los egipcios) y que es-

está basada en ningún ciclo celeste, sino que proviene de los dioses planetarios paganos de los cultos astrológicos caldeos y egipcios de la Antigüedad— se debe a la necesidad de emplear una unidad de tiempo mayor que un día y menor que un mes. La duración de siete días proviene de la influencia de los babilonios sobre los judíos⁽⁸⁶⁾. Fueron los babilonios, los primeros astrónomos científicos, quienes realizaban sus cuentas en múltiplos de 60, de donde surgieron los conceptos de minutos y horas para fraccionar el día.

2. LA ASTROLOGÍA EN LA BIBLIA

Debido a esta innegable influencia de los cuerpos celestes sobre el comportamiento del ser humano, los antiguos asignaron a determinados grupos de estrellas nombres y formas, además de dotarlos de personalidades propias y de sus propias “historias y hazañas”, y las fueron transmitiendo de generación en generación, especialmente por medio de las autoridades religiosas; desde siempre, la Astronomía-Astrología ha estado íntimamente ligada a la religión. El Antiguo Testamento, como no podía ser de otra manera, no es más que una reconstrucción alegórica adaptada por el pueblo hebreo de estas tradiciones astrológicas que los literalistas de la supuesta “Palabra de Dios” no saben —o no quieren— aceptar. A pesar de que existen dentro de la propia Biblia ciertos comentarios negativos sobre la Astrología —insertados a lo largo de los siglos a medida que los literalistas veían peligrar la hegemonía de la Iglesia— encon-

tablecía la duración de un año en 365,25 días. Pero esta duración del año solar no era exacta, ya que era 11 minutos y 14 segundos demasiado largo. Tras la sucesión de los equinoccios en fechas que no eran las previstas, finalmente el papa Gregorio XIII hizo algunos ajustes en el calendario juliano para obtener el calendario usado en la actualidad (calendario gregoriano).

86. Los astrónomos descubrieron que, además del Sol y la Luna, había cinco estrellas brillantes que cambiaban de posición con respecto a otras que parecían fijas en el cielo: Venus, Mercurio, Júpiter, Saturno y Marte.

tramos varios pasajes clarificadores acerca de la suprema importancia de la Astrología en la religión: como dice el propio Génesis (1,14): «Dijo luego Dios⁽⁸⁷⁾ (Elohim): Haya en el firmamento de los cielos estrellas para separar el día de la noche, y servir de señales a estaciones, días y años.» En Job (9, 7–9) encontramos: «Él manda al Sol, y éste no brilla y guarda bajo sello las estrellas. Él sólo viene de los cielos y camina sobre las crestas del mar. Él creó las Osa, el Orión y las Pléyades y las cámaras del cielo austral.» O en Job (38, 31–33): «[Yahvé pregunta a Job] ¿Has atado tú los alzos de las Pléyades o puedes soltar las ataduras del Orión? ¿Eres tú el que a su tiempo hace salir las constelaciones [el Zodíaco] y quien guía a la Osa con hijos? ¿Has enseñado tú a los cielos su ley y determinado su influjo sobre la tierra?» Hecho éste que se insiste en Amós (5, 8): «Él hizo las Pléyades y el Orión, Él torna las tinieblas en aurora y del día hace la noche oscura, llama las aguas del mar y las derrama sobre el haz de la tierra. Yahvé es su nombre.» Las Pléyades⁽⁸⁸⁾, las estrellas polares o las «Siete Hermanas», correspondían a los Siete Hator de los egipcios, que eran, a su vez, los «siete seres que hacen decretos» con los que los muertos se encontrarían en sus viajes después de la muerte a través de las siete esferas. Las Pléyades representan un papel muy importante dentro del judaísmo, como lo indica el símbolo del Menorah sagrado, candelabro de siete brazos (seis más el tallo), decorados con simbología genital femenina (lirios y almendras), tal y como se indica en Éxodo (25, 31–33): «[Yahvé hablo a Moisés diciendo]: Harás un candelabro de oro puro, con su base, su tallo, su cálices, su globos y sus lirios saliendo de él. Seis brazos saldrán de sus lados, tres del uno y tres del otro. Tres cálices, a modo de flores, con sus globos y lirios; tres cálices, a modo de flores de almendro, con sus globos y lirios el segundo...»

También encontramos simbología astrológica en Salmos (19, 2,5): «Los cielos pregonan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos. El día transmite el mensaje al día, y la noche pasa la noticia. No son discurso ni palabras cuya voz pueda oírse. Su

87. Ver nota XVI de Notas Complementarias.

88. Estrellas de gran importancia dentro de la filosofía esotérica, pues aparecen en el cielo al principio de la primavera, es decir, cuando el Sol ha “triunfado” sobre las tinieblas y los días comienzan a ser más largos que las noches.

pregón sale por toda la tierra, y sus palabras llegan hasta los confines del orbe. Puso en ellos una tienda para el sol...» Esta “tienda” representa un santuario o templo sagrado o de culto, por lo que se deduce que los cielos son, en realidad, un templo del Sol y de los cuerpos celestiales. Los templos, tal y como los definió Joseph Campbell, son «la proyección en el espacio terrestre de una morada del mito.» Tanto la Luna como el Sol eran representaciones de Dios, Yahvé y poseían personalidad propia —*Isaías (24,23): «Y la Luna se sonrojará, y avergonzárse el sol.»*

Incluso Pablo, ya en el Nuevo Testamento, también hace alusión a la Astrología. Tenemos un claro ejemplo en *Corintios I (15, 40–41): «Y hay cuerpos celestes y cuerpos terrestres, y uno es el resplandor de los cuerpos celestes y otro el de los terrestres. Uno es el resplandor del Sol, otro el de la Luna y otro el de las estrellas, y una estrella se diferencia de la otra por su resplandor [gloria].»* Pasaje éste que denota un claro acento astro-teológico. Además, en todo el Evangelio⁽⁸⁹⁾, Jesús se refiere a “eras” (que son las divisiones que preceden a los equinoccios); así, al igual que Moisés fue creado para anunciar la era de Aries, Jesús serviría, como el Avatar (reencarnación en el pez Matsya de la deidad india Visnhú), para anunciar la era de Piscis⁽⁹⁰⁾. Hecho éste que se constata por el repetido uso de la imagen del pez en todo el Evangelio.

89. En los primeros siglos tras la venida de Jesús, el término griego *evangelion* («evangelio»), poseía un significado diferente al concepto actual (asociado con los llamados Evangelios Canónicos). Originalmente se asociaba a los mensajes que distintas personalidades (gobernantes o personajes de alto rango) hacían y que anunciaban un acontecimiento futuro de cierta importancia. Después del siglo I, la Iglesia comenzó a emplear este término para designar a los documentos que contenían el mensaje de Jesús, que, por esa época, eran mucho más numerosos que los que la Iglesia se encargó de difundir, tal y como demostraron los textos de Nag Hammadi y los manuscritos del Mar Muerto.

90. Ver nota XVII de Notas Complementarias.

3. EL SIMBOLISMO DEL PEZ EN EL CRISTIANISMO

Aunque, incluso hoy en día, se hace creer que el pez es un anagrama que representa a Jesucristo por las palabras *ICHTYS* (Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador), en realidad hace referencia a la palabra griega empleada para pez: *Ikthys*. También se mantuvieron ciertos iconos de la antigua era de Aries como el cordero (Agnus Dei: «Cordero de Dios»⁽⁹¹⁾).

Tal y como nos aclara Marija Gimbutas: «El simbolismo del pez abarca desde el de ser un emblema de la vulva, o el falo, al de ser un símbolo del alma o del barco místico de la vida»⁽⁹²⁾. La imagen del pez asociada a la Diosa simboliza el nacimiento, ya que lo que precede al nacimiento del bebé es la rotura de aguas en el útero materno. En su representación como “espíritu de las aguas”, es una de las imágenes más antiguas de la vida regenerada, y solía asociarse a la Diosa. De hecho, la tradición de comer pescado el viernes, día de la diosa Venus, deidad de la regeneración, sigue vigente en algunos países hoy en día, como en España o Italia.

La imagen del pez también se relaciona con el bautismo, la celebración del segundo nacimiento –tal y como “manda” Jesús en *Juan* (3,5): «*Quien no nazca del agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de los cielos*»–, pues en tal ceremonia al neófito se le “saca” del agua como a un pez. Jonás renace de una ballena –un «gran pez»–, al igual que Gilgamesh⁽⁹³⁾, Vishnú y Hércules, que debe descender al fondo del mar para encontrar la hierba de la inmortalidad, o Teseo, que se sumerge en las profundidades para obtener la corona dorada de Thetis, la diosa del océano. Todos ellos no son más que las representaciones iniciáticas de los misterios de la muerte y resurrección.

El “milagro” de los panes y los peces del Nuevo Testamento está asociado a la comida ritual de la multiplicación de los

91. Ver nota XVIII de Notas Complementarias.

92. Gimbutas, Marija. *Diosas y Dioses de la Antigua Europa: 7.000–3.500 a.n.e.* Ed. Istmo. 1991, p. 121.

93. Ver nota XIX de Notas Complementarias.

peces (simbolizando la regeneración propiciada por la Diosa) y los panes, fruto de la germinación de la semilla fecundada por el dios Sol. Esto nos lleva a un matrimonio sagrado, *hierogamos*, del dios Sol con la diosa Naturaleza, representado por la ceremonia ritual de la comida de dos de sus elementos más simbólicos y representativos.

El pez es otra de las “coincidencias” que relacionan al cristianismo con el paganismo. En *Juan* (21,11) encontramos: «Subió Simón Pedro y arrastró la red a tierra, llena de ciento cincuenta y tres peces grandes.» Este número era muy conocido entre los pitagóricos. La relación 153:265 –llamada por Arquímedes la «medida del pez»– es la relación entre la altura y la longitud de dos círculos (recordemos que los pitagóricos concebían a Dios como una esfera perfecta) unidos en un matrimonio simbólico que representa la unión perfecta del espíritu y la materia, de tal forma que cuando la circunferencia de uno toca el centro del otro se obtiene una imagen simbólica de dos peces unidos. Esta representación cobraría forma posteriormente con el simbolismo de los anillos en las ceremonias matrimoniales católicas de la actualidad, en las que el hombre y la mujer introducen en el dedo anular de su pareja el anillo como símbolo de entrega espiritual de lo mejor que hay en cada uno⁽⁹⁴⁾.

4. SIMBOLOGÍA ASTROLÓGICA. PRECESIÓN Y EQUINOCCIOS. INFLUENCIA DE LOS CULTOS LUNARES

Para explicar detalladamente la simbología astrológica contenida en la Biblia, será necesario realizar una aclaración astronómica fundamental: el eje de la Tierra no es estable, ya que la

94. Esta costumbre puede tener sus orígenes en el intercambio de anillos y brazaletes hechos con plantas del Nilo que realizaban las parejas del antiguo Egipto cuando se juraban amor eterno. En la actualidad, la tradición de colocar el anillo en el dedo anular de la mano izquierda tiene sus orígenes en las creencias romanas de que la vena de este dedo iba directa al corazón.

Tierra no es una esfera perfecta, sino que está aplanada en los polos y abultada a lo largo del ecuador. Reacciona a la influencia gravitatoria del Sol y la Luna como una peonza giratoria cuya rotación está distorsionada por una fuerza externa. Este hecho origina lo que se llama la *precesión* de la Tierra⁽⁹⁵⁾. Este fenómeno implica que el eje de la Tierra en sí mismo rota en círculo, generando un movimiento cónico alrededor del polo fijo de la eclíptica⁽⁹⁶⁾. Una rotación completa alrededor de este cono tarda aproximadamente unos 25.920 años. A este periodo de tiempo se le llama Año Platónico, Gran Período o Año Sideral. Está determinado por la revolución de los equinoccios, y corresponde al tiempo en que las estrellas vuelven a sus puntos de origen con respecto a los equinoccios en función de una sucesión constante. Visto desde un observador de la Tierra, el fenómeno de la precesión se traduce en que el Sol va “desplazando” su punto de salida hacia el ocaso y viceversa. Así, cuando se ha producido un ciclo completo de 25.920 años el punto por el que sale el Sol es el mismo punto en el que se ponía al comienzo del ciclo. En un año la precesión es de cincuenta segundos, en setenta y dos años es de 1 grado, en 2.160 años sería de 30 grados y en 25.920 tendríamos el ciclo completo de 360 grados.

Esta traslación del eje de la Tierra origina cambios en el ecuador celeste, de modo que el punto de intersección entre dicho ecuador y la eclíptica —el equinoccio vernal— se traslada de este a oeste a lo largo del círculo de la eclíptica; es decir, en dirección opuesta al Zodíaco normal. Este fenómeno hace

95. Fenómeno descubierto por Hiparco de Bitinia en torno a los años 140 ó 130 a.n.e.; aunque es posible que ya lo conocieran los astrólogos de Babilonia y Egipto.

96. La eclíptica es el plano que contiene la órbita de la Tierra alrededor del Sol. Visto desde la Tierra, corresponde a la línea que recorre el Sol al moverse por el cielo. Los astrónomos la utilizan como plano fundamental de uno de los sistemas de referencia para medir la posición relativa de los objetos astronómicos, ya que permanece muy estable sobre el fondo de las «estrellas fijas.»

que se desplace el punto vernal y que se trasladen asimismo los signos del Zodíaco⁽⁹⁷⁾.

Una consecuencia del fenómeno de la precesión es que, de año en año, el equinoccio de primavera se retrasa unos 11 minutos y 14 segundos. Hiparco de Nicea descubrió este retraso hace más de 2.000 años y lo denominó *precesión de los equinoccios*. Este retraso hace que tanto los equinoccios como los solsticios se retrasen una media de un día más o menos cada 125 años. Este hecho afecta de manera fundamental a la celebración de la Navidad.

Para explicar la determinación de esta fecha debemos comenzar diciendo que Mithra, la deidad persa, fue declarado dios protector de Roma hacia el año -62 y que se celebraba su nacimiento la noche del 24 al 25 de diciembre pues, en aquella época, el solsticio de invierno se producía el 25 de diciembre. La primera Navidad se celebró con el papa Liberio, en el año 353, el 24 de diciembre –si bien no fue consentida por las autoridades romanas hasta el siglo IX–; aunque, debido al fenómeno de la precesión de los equinoccios, el solsticio de invierno ocurría el 21 de diciembre; y el equinoccio de primavera tenía lugar el 21 de marzo –celebrándose el 24 de marzo–. En el concilio de Nicea, en el año 325, se obvian esos 3 días y se impone como fecha fija para el equinoccio de primavera el 21 de marzo, y para el solsticio de invierno el 21 de diciembre, con lo que se desliga el sentido original solar del fenómeno de la Navidad. Pero la sentencia del concilio no solucionó el retraso de los equinoccios de 11 minutos y 14 segundos por año, lo que supuso serios problemas para la Iglesia. Esto se debía a que la Pascua de Resurrección tenía que celebrarse el primer domingo siguiente a la primera Luna llena después del equinoccio de primavera⁽⁹⁸⁾, tal y como se impuso en el concilio de Nicea. En ese momento el Sol se encuentra en el signo de Aries (mes de Nisán), y la Luna en el signo de Libra.

Este hecho da una idea muy significativa de la influencia del culto lunar en el cristianismo, pues, tras el equinoccio de

97. Ver nota XX de Notas Complementarias.

98. Ver nota XXI de Notas Complementarias.

primavera, momento en el que el dios Sol “triunfa” sobre la noche, debe proceder a su descenso al infierno (del latín *inferus*, “inferior”) durante tres días (los que desaparece del firmamento nocturno la Luna en cada uno de sus ciclos) para morir en la carne y resucitar en espíritu. Así sucedía en la mayoría de las religiones místicas, donde el héroe debía morir y resucitar al tercer día, como es el caso de Tammuz, Dionisos, Osiris/Horus, Attis, etc. Estos problemas continuaron hasta que, en el año 1582, el papa Gregorio XIII y su astrónomo Clavius propusieron el establecimiento de un nuevo calendario en el que se corregirían los diez días de error acumulados desde el concilio de Nicea. Es el que hoy se denomina calendario gregoriano, nuestro calendario actual. Esta medida dio lugar a que, en los países católicos romanos donde se adoptó este calendario, al 4 de octubre de 1582 le siguió el 15 de octubre⁽⁹⁹⁾. En los países protestantes la reforma no se adaptó hasta 1752 y en Rusia hasta 1917.

El equinoccio vernal tarda aproximadamente 26.000 años en hacer una revolución completa alrededor de la eclíptica; es decir, a través de las doce constelaciones. Tarda una doceava parte de este tiempo —aproximadamente 2.160 años— en recorrer cada signo zodiacal. En la Antigüedad, el equinoccio vernal se ubicó entre los signos de Piscis y Aries —el equinoccio otoñal se situaba en Libra—, aunque en la actualidad se ubica en la zona fronteriza entre las constelaciones de Piscis y Acuario —el equinoccio otoñal se sitúa ahora en Virgo—, moviéndose lentamente hacia Acuario. Debido a que las constelaciones carecen de límites claros, es difícil definir exactamente cuándo el equinoccio vernal pasará de la constelación de Piscis a la de Acuario, es decir, cuándo comenzará la llamada Era de Acuario, el nuevo ciclo cósmico o *Nueva Era*. Dependiendo de donde se dibuje este límite, ocurrirá en algún momento entre los años 2000 y 2200. Cabe resaltar que en esos momentos de cambios de Era, la Tierra cruza la línea del equinoccio en el plano sideral —periodo que puede durar varias décadas—, momento

99. Una curiosidad producida en el santoral femenino es que Santa Teresa murió el día 4 de octubre y se enterró al día siguiente, el 15 de octubre.

en el que, según la Astrología, pueden tener lugar importantes transformaciones en el pensamiento y el comportamiento del hombre.

Así pues, la simbología alegórica de la Biblia con respecto al advenimiento del Mesías es bastante clara: la llegada del Redentor, del Salvador, no es más que la llegada de la Era de Piscis, la última de las eras zodiacales. El fin de esta Era y el comienzo de un nuevo ciclo zodiacal en Acuario es anunciado en el *Apocalipsis*; pero, con una correcta interpretación de su llamado “juicio final”, podemos deducir que se está refiriendo al fin de una Era, la de Piscis, y al comienzo de un nuevo ciclo cósmico, representado por la nueva Era de Acuario. En este nuevo ciclo se producirá una renovación completa del mundo atendiendo a los conceptos cíclicos ancestrales de regeneraciones periódicas del universo.

5. REPRESENTACIONES ZODIACALES

Las representaciones simbólicas de los signos del Zodíaco, que aparecen en innumerables ocasiones en la Biblia, siempre y cuando fijemos la ubicación en el hemisferio norte, podrían tener la siguiente explicación⁽¹⁰⁰⁾:

–**Aries** es el carnero bíblico y representa al dios de la guerra griego Ares (Marte para los romanos), hijo de Zeus. Traduciendo este simbolismo mitológico, Yahvé equivaldría a Zeus, y Jesús, el hijo de Dios, correspondería a Ares, el que restablecerá el orden, el Cordero de Dios. La representación de Aries como el cordero/carnero puede tener su fundamento en que en los meses de marzo/abril es el tiempo en el que nacen los corderos (resurgir de la vida, nuevo comienzo).

–**Tauro** es el toro porque abril/mayo es el tiempo de la labranza y el cultivo. Tiene su origen mitológico en las remi-

100. Acharya S. *La conspiración de Cristo*. Ed. Valdemar. 2006.

niscencias del minotauro en Creta (derrotado por Hércules). El toro es el emblema del evangelista Lucas.

–**Géminis** se representa mediante los gemelos, llamados así por Castor y Pólux, las estrellas mayores (y gemelas) en su constelación, y porque mayo/junio es el tiempo del “incremento” o “hacerse doble” del Sol, cuando alcanza su mayor fuerza. La leyenda griega los encarna en los Dioscuros (hijos gemelos de Zeus).

–Después de que el Sol alcanza su fuerza en el solsticio de verano, empieza a disminuir en **Cáncer** (junio/julio), por lo que se llama a esas estrellas el cangrejo, que “camina hacia atrás”. El fundamento mitológico se asienta en el desprendimiento de la naturaleza material del hombre para partir en busca del espíritu, de la inmortalidad, a través de un proceso de muerte y resurrección. El símbolo del cangrejo proviene de la leyenda griega de Hera y Lerna.

–**Leo** es el león porque, durante el calor de julio/agosto, los leones de Egipto salían del desierto. Leo representa al sol. En la iconografía cristiana, el león es el símbolo del *Evangelio de Marcos*. «El león, animal solar, es, en la Antigüedad y en la Edad Media, un emblema de la justicia y al mismo tiempo de poder; el signo del León es, en el Zodíaco, el domicilio propio del Sol. El Sol de doce rayos puede considerarse como representación de los doce *Adityas*; desde otro punto de vista, si el Sol simboliza a Cristo⁽¹⁰¹⁾, los doce rayos son los doce apóstoles [la palabra *apóstol* significa *enviado, agente, misionero, o mensajero*, y los rayos son también ‘enviados por el sol’]»⁽¹⁰²⁾. Esta aureola del Sol se ha intentado reproducir de diversas formas: aureolas en los santos imitando un hálito de santi-

101. El Sol es, quizás, la única imagen razonable de un Dios –al menos de un Dios Padre– ya que es la fuente de energía que mantiene vivo a nuestro mundo. «El padre visible del mundo es el Sol –nos dice Carl Jung–, el fuego celeste; de ahí que padre, dios, Sol, fuego, sean sinónimos mitológicos. El conocido hecho de que en la fuerza del Sol se adora la gran fuerza procreadora de la naturaleza, dice claramente que el hombre adora en la divinidad la energía del arquetipo.» (Jung, Carl Gustav. *Símbolos de transformación*. Ed. Paidós. 2005, p. 113).

102. Guénon, René. *El Rey del Mundo*. Luis Cárcamo, editor. 1987, p. 44.

dad –práctica que fue copiada de la cultura babilónica, que también representaba a sus dioses y diosas con rayos dorados alrededor de sus cabezas–, coronación de los reyes o la tonsura de los monjes, con el fin de reflejar el carácter divino de quienes se pretendía encumbrar.

–**Virgo**, originalmente la Gran Madre Tierra, es la «Virgen de las espigas, que tiene una vaina de trigo», y simboliza agosto/septiembre, la época de la cosecha. Mitológicamente representa a Venus, que, finalmente, derivaría en la Virgen María, de ahí que el símbolo de Virgo sea una joven adolescente.

–**Libra** es la balanza, lo que refleja el equinoccio otoñal (septiembre/octubre), cuando el día y la noche son de nuevo iguales en fuerza. Simboliza la búsqueda del equilibrio que mantiene al universo en movimiento. Mitológicamente, se basa en la tradición babilónica en la que el dios Zibanitú pesaba las almas en una balanza, en un rito muy similar al del dios egipcio Thot.

–**Escorpio** es el escorpión porque, en las áreas desérticas, las fuertes tormentas de octubre/noviembre se llamaban “escorpiones”, y porque esta época del año es la del “picotazo en la espalda” del Sol, pues comienza su descenso hacia la Tierra. El equinoccio otoñal, el momento en el que el Sol “comienza a morir”, tenía lugar en la Antigüedad en la constelación de Escorpio, por lo que este animal ha sido considerado desde hace milenios como un icono de la muerte. Su fundamento mitológico es la leyenda del escorpión que atacó a Orión (el hijo de la Tierra) cuando forzó a Ártemis, recibiendo por su ayuda una constelación como premio.

–**Sagitario** es el “arquero vengador” que hiere en los flancos y debilita al Sol durante su aproximación en noviembre/diciembre al solsticio de invierno. La base mitológica es la del centauro Quirón, que simboliza las dos partes de la naturaleza humana (voluntad e instinto), representando la mitad del cuerpo animal (equino) las pasiones y los instintos que mantienen clavado al hombre en la tierra; mientras que

el arco y la parte humana representan el alma del hombre y su deseo de ascender a las estrellas, es decir, a lo espiritual.

–En **Capricornio**, el Sol debilitado encuentra el «sucio, aciago macho cabrío», que arrastra hacia abajo al héroe solar en diciembre/enero. Representa el trabajo arduo, duro, y su simbolismo (mitad cabra y mitad pez) se basa en la leyenda griega del dios Pan.

–**Acuario** es el aguador porque, en el hemisferio norte, enero/febrero es el tiempo de las lluvias invernales. Acuario representa la evolución del espíritu para su entrega hacia el prójimo, y su carácter mitológico puede provenir de uno de los trabajos de Hércules.

–**Piscis** se representa mediante peces porque febrero/marzo es el tiempo en que se rompe la capa de hielo y se pesca a los peces engordados. El simbolismo de los dos peces proviene de uno de los trabajos de Hércules, en el que tenía que limpiar los establos de Augías. Para tal labor, Hércules desvió los cauces de los ríos Alfeo y Peneo (simbolizados por dos peces).

Quienes interpretaban literalmente la Biblia deseaban a toda costa que se cumpliera el mensaje sagrado del *Génesis* (49, 10–12): «*No faltará de Judá el cetro ni de entre sus pies el báculo hasta que venga aquel cuyo es, y a él darán obediencia los pueblos. Atará a la vid su pollino. A la vid generosa el hijo de la asna; lavará en vino sus vestidos, y en la sangre de las uvas su ropa. Brillan por el vino sus ojos.*» Lo que, traducido literalmente, significa: cuando reine alguien que no sea del pueblo de Judá, vendrá el Mesías redentor. A raíz de esto, los literalistas llegaron incluso a pensar que Herodes I, el Grande, primer extranjero en convertirse en rey de la nación judía, sería el Redentor y Salvador. Pero, como es natural, la figura de Herodes no era propia para la encarnación de un mesías, por lo que tuvieron que inventarse una nueva figura ambientada en esa misma época que cumpliera los designios del *Génesis*. Realmente, si se aplica una traducción alegórica de este pasaje, debería traducirse como que Judá, el “cachorro de león”, es en realidad la constelación de Leo, y

el gobernante empapado en vino a quien Judá pasa el cetro es Virgo, el tiempo de la cosecha de la uva.

CAPÍTULO VI

CONTEXTO HISTÓRICO DE LA LLEGADA DEL MESÍAS. PABLO DE TARSO

Las religiones, como las luciérnagas, necesitan de oscuridad para brillar.

Arthur Schopenhauer

Los hombres tienen con frecuencia bastante religión para sentirse enemigos de los que tienen otra, y muy pocas veces tienen la religión necesaria para amarse los unos a los otros.

Jonathan Swift

Será necesario remitirnos al periodo del supuesto nacimiento de Jesús y tomar los datos conocidos por la Historia y por los Evangelios canónicos para demostrar las fábulas plagadas de incongruencias que éstos últimos representan. Hace unos dos mil años, en los tiempos del emperador Tiberio, Judea era una provincia romana agotada por los impuestos, sumida en el hambre y la desesperación social. Esto era así a excepción de la aristocracia feudal y eclesiástica, saduceos y fariseos principalmente, que estaban enfrentados con las clases más bajas de la sociedad: el proletariado urbano y rural (sobre todo artesanos y campesinos), grupo del que posteriormente surgirían los celotes y los esclavos. La región estaba inmersa en una continua lucha por recuperar la libertad y la independencia.

Los guerrilleros, los cabecillas de muchos de los grupos judíos combatientes, los futuros posibles libertadores, generalmente surgidos de las clases sociales más perjudicadas por la opresión romana, eran encumbrados con asombrosa facilidad hasta el título de *Mashiach* (término hebreo usualmente traducido como Mesías⁽¹⁰³⁾), el *Ungido*; y después, cuando estos mesías caían en la batalla, eran sustituidos por otros nuevos liberadores-libertadores con la misma facilidad. Las clases más oprimidas de los judíos de la época, hambrientos y ansiosos de libertad, necesitaban con desesperación encontrar una señal divina de su dios tribal, Yahvé, que les indicara que no les había abandonado a su suerte ni dejado a la cruenta merced del dominio romano.

De acuerdo al ideal judío, y a la mentalidad imperialista arraigada en su cultura desde los tiempos de Moisés —el pueblo de Israel había sido el elegido por su dios Único para ser los dueños y señores del mundo—, los judíos no podían tolerar que un pueblo extranjero, politeísta y cuya cultura no entendían,

103. La palabra «Mesías» es la traducción de la palabra hebrea «*Mashiach*», que significa «Ungido». Generalmente se refiere a una persona (normalmente reyes y sumos sacerdotes) que se ha iniciado en el servicio de Dios mediante una ceremonia en la que es ungido con aceite en un acto casi sacramental. En dicha ceremonia tenía lugar una transferencia física de santidad desde la divinidad al ser humano. A lo largo de la Biblia nos vamos encontrando con varios mesías. En realidad, «HaMashiach» («el Mesías»), que se refiere a una persona ungida que vendrá en el futuro, no aparece en ninguna parte de la Biblia. Sin embargo sí que aparecen en muchas ocasiones varios pasajes proféticos que hablan de un descendiente del Rey David que gobernará Israel durante la Edad de la Perfección (*Isaías* 11:1-9; *Jeremías* 23:5-6, 30:7-10, 33:14-16; *Ezequiel* 34:11-31, 37:21-28; *Oseas* 3:4-5), y que, según los judíos, no puede ser Jesús, pues no coincide de ninguna forma con la figura mesiánica de la profecía. Ésta anuncia que, en su venida, *el Mesías* será una figura destacada e histórica que llevará al pueblo judío nuevamente hacia la grandeza de los tiempos de David. La figura del Mesías fue tomando paulatinamente la forma griega de *Christos* (derivado del término hindú *kris*, un nombre del Sol del que deriva la deidad *Krishna*), término que se aplicaba a los dioses salvadores ungidos. Éste era el título asignado a un personaje heroico que estaba condenado a tener un final trágico muriendo por una causa justa que ayudara a la humanidad. Simbólicamente lo encontramos en Mithra, Dionisos, Prometeo, Osiris, etc., aunque fue extendiéndose posteriormente a algunos reyes y profetas.

les dominara y sometiera una y otra vez. Este sometimiento forzoso, no comprendido desde el punto de vista religioso, les llevó irremediamente a la creación constante de todo tipo de mesías que “su Dios” enviaba para liberarles de la opresión romana y para que pudiera conducirles hacia el dominio del mundo. Flavio Josefo nos habla de algunos de ellos, como Exequias, Simón o Atrongo, que fueron ejecutados por los romanos. De hecho, los antiguos grandes reyes de Israel eran “ungidos” por Yahvé, pasando de ser unos simples mortales a convertirse en una especie de “Hijos de Dios”.

Los reyes⁽¹⁰⁴⁾ eran los jefes de la religión, y ya, desde los tiempos de Salomón, procuraron sincretizar tanto los cultos israelitas como los cananeos –relacionando las figuras del Yahvé israelita y del El cananeo– para unificar las dos capas principales de la población. Por tanto, la búsqueda de un mesías perfecto, de un Mesías, es decir, de alguien que fuera el gobernante idóneo anunciado por los profetas mesiánicos –que señalaban que sería descendiente del rey David⁽¹⁰⁵⁾–, no era más que una imagen idealizada del supremo gobernante que llevaría al pueblo “elegido”, esto es, al pueblo de Israel, a gobernar el mundo; pero que, en todo caso, aunque excepcional, no sería un ser sobrenatural, sino un ser humano. Este sentimiento, que otorgaba al pueblo de Israel una supremacía mundial, les hacía sentirse especiales, únicos; eran los “elegidos”, y terminó derivando en la creación de una serie de prescripciones espirituales y religiosas llenas de tabúes sexuales y restricciones absurdas que concluyeron en la llamada «Ley de Santidad». Una ley creada para defender la identidad nacional y que, entre otras cosas, no permitía el contacto con otros pueblos –es decir, relaciones sexuales, matrimonios, etc.–, con el fin de mantener la pureza de la raza “elegida” por Dios. En la actualidad, este sentimiento sigue vigente en la sociedad judía.

104. Ver nota XXII de Notas Complementarias.

105. Recordemos que el término «profeta» proviene del griego *profemi*, que etimológicamente significa «decir con anticipación.»

En la época precedente al supuesto nacimiento de Jesús⁽¹⁰⁶⁾, Herodes I el Grande, rey de Judea, sofocó, con la ayuda de los romanos, una de las rebeliones más importantes de la época, castigando con la crucifixión a miles de rebeldes judíos. En este ambiente agónico –campo de cultivo perfecto para la creación, real o ficticia, de una religión liberadora–, el pueblo judío necesitaba asirse a cualquier indicio, por muy descabellado que éste fuera, que les reafirmara en la idea de que su dios estaba de su parte, que no les había abandonado, y que esa ayuda celestial vendría en forma de mensajero divino, de Mesías. Pero ese Mesías debería ser un mesías sufriente (crucificado), una fiel imitación de las circunstancias en las que vivía la mayor parte del pueblo judío, especialmente las clases más desfavorecidas que necesitaban reflejar su dolor en una deidad que pudiera “comprenderlos”. Esto explica con claridad el hecho de que la clase media-alta judía (aristócratas y altos dirigentes religiosos) no aceptara la figura de un mesías edulcorado y débil, un “mesías del pueblo” creado en una especie de venganza religiosa por el olvido del Dios Padre hacia sus hijos, un mesías pacífico y resignado nacido de un sufrimiento que no compartían ni comprendían. Para ellos, el Mesías esperado, el auténtico Hijo de Dios, debería ser un gran conquistador, un “verdadero” descendiente de David, un digno sucesor de Yavhé, “Dios de los Ejércitos”, y no el fruto de la desesperación del pueblo llano.

«La primitiva fe cristiana –nos dice Erich Fromm– en el hombre doliente que se convirtió en Dios tuvo su significado central en el deseo implícito de derrocar al Dios Padre o sus representantes terrenos. La figura del Jesús sufriente se originó principalmente en la necesidad de identificación por parte de las masas sufrientes, y sólo secundariamente estaba determinada por la necesidad de expiación del crimen de agresión contra el padre. Los adeptos de esta fe eran hombres que, por causa de su situación vital, se hallaban imbuidos de odio hacia sus dirigentes y esperaban alcanzar su propia felicidad [...]. Se

106. Entre los años 5 ó 4 a.n.e. aproximadamente, coincidiendo con la muerte de Herodes.

desarrolló el dogma; la idea de un hombre que se convierte en dios pasa a ser la idea de un dios que se convierte en hombre [...]. El Dios paternal, cuyo perdón puede ser obtenido sólo por medio del propio sufrimiento, se transforma en la madre llena de gracia que amamanta al niño, lo cobija en su vientre, y así ofrece perdón[...]. El catolicismo significó el retorno embozado a la religión de la Gran Madre que había sido derrotada por Jahvé»⁽¹⁰⁷⁾.

Este retorno a la Gran Madre al que hace referencia Fromm fue extraordinariamente lento –en realidad, tardaría más de once siglos en comenzar– y tuvo lugar con la aparición de los fervorosos cultos marianos en el siglo XI surgidos de la necesidad perentoria del inconsciente colectivo del ser humano de retornar a la Diosa, al seno de lo femenino. Unos cultos que fueron enmascarados por la Iglesia, que veía como la era del patriarcado comenzaba a peligrar con el resurgimiento de la divinización de la mujer. Aunque quizás Fromm tenga razón al afirmar que el retorno –al menos parcialmente– a la Gran Madre se produjo con el cristianismo, éste, desde luego, no se llevó a cabo con la ayuda de la Iglesia, quien en todo momento no hizo –y nunca ha dejado de hacer– sino desprestigiar la figura femenina considerándola siempre inferior al Dios Padre. Como afirma Marina Warner: «La Virgen María no es el arquetipo innato de la naturaleza femenina, el sueño encarnado; es el instrumento de una dinámica argumental de la Iglesia católica acerca de la estructura de la sociedad, presentada como un código dado por Dios»⁽¹⁰⁸⁾.

Volviendo a los orígenes históricos del cristianismo y a su posterior transformación, Jung afirmaba que «toda religión constituye la manifestación espontánea de un cierto estado anímico», y que «el cristianismo constituyó la formulación de un estado predominante al comienzo de nuestra era y durante una serie de centurias siguientes»⁽¹⁰⁹⁾. Si tenemos en cuenta esta afir-

107. Fromm, Erich. *El dogma de Cristo*. Ed. Paidós. 1994.

108. Warner, Marina. *Tú sola entre las mujeres. El mito y el culto de la Virgen María*. Ed. Taurus. 1991.

109. Jung, Carl Gustav. *Psicología y Religión*. Ed. Paidós. 2001.

mación, y consideramos el hecho de que en el tiempo en el que se gestó la religión cristiana la provincia romana de Judea⁽¹¹⁰⁾ era un sangriento foco de conflictos, luchas tribales, y ansias de poder inmersos en hambrunas y sufrimientos de la mayoría de la población, podemos deducir que cualquier religión que surgiera de aquella maceración de rencores, dolor y pesadumbre representaría vivamente los tres impulsos más oscuros del ser humano por excelencia: el miedo, la vanidad y el odio. A cambio, se le confería una cierta respetabilidad a cada uno de ellos con tal de que se dirigieran y se orientaran por los canales que ella, la religión, dictaminara como los correctos. Desde este punto de vista, la religión es una fuerza maligna, perversa, que permite que estas tres bajas pasiones, que conforman la más profunda miseria del ser humano, se encaucen y asienten en el espíritu mediante los fatuos conceptos morales de virtud y vicio; siendo el primero aplicado para todo aquello que la religión apruebe, y el segundo para todo aquello que no admita.

Ante esta situación de confusión, frustración espiritual y religiosa de la gran mayoría del pueblo judío, la aparición de un hombre –sí, un hombre, no un dios– que fuera capaz de calmar los espíritus de los atribulados judíos sería considerado como algo mágico, supremo, divino, y, en consecuencia, inmediatamente entronizado al rango de Mesías libertador. Así, pasaron a confundir la liberación espiritual que proponía el “sanador” Jesús de los gnósticos –que no representaba más que el equilibrio entre las fuerzas interiores del hombre–, con la liberación del yugo opresor del pueblo romano, y se enredaron en una ignorancia embadurnada de fe religiosa de la que era muy difícil desprenderse.

110. En 70 d.n.e., el templo de Jerusalén, el corazón del literalismo judío, fue destruido por los romanos. Alrededor de 135 d.n.e., todo Israel sería devastado y dejaría de existir durante dos mil años. Los gnósticos judíos situaron deliberadamente la historia de Jesús en los años en los que empezó la decadencia final de Israel.

1. PABLO DE TARSO

Esta situación confusa del pueblo judío fue aprovechada por Pablo⁽¹¹¹⁾ para organizar en torno a la figura de Jesús la creación del mito del Cristo⁽¹¹²⁾, del Mesías elegido por Dios; lo que hizo que gran parte del pueblo más oprimido e ignorante le siguiese incondicionalmente, sin preguntarse siquiera por los orígenes de la posible sabiduría del hombre al que acababan de divinizar. Tan sólo faltaba ahora dar con la fórmula mágica que convirtiera al hombre en un dios, o en el Hijo de Dios; un calificativo que debió de resultar totalmente escandaloso a la masa ortodoxa judía, que no podía imaginar una blasfemia más grande que el hecho de que alguien promulgara la idea de un Hijo del todopoderoso Yahvé.

Para la creación del mito, nada mejor que tirar de la mitología y del esoterismo de las religiones existentes –que Pablo conocía muy bien–, especialmente de la persa, la griega y la egipcia, para crear el batiburrillo religioso en el que se convirtió posteriormente –y finalmente– el cristianismo cuando se olvidó todo el mensaje inicial del *kristianismo* gnóstico. El *kristianismo* había comprendido a la perfección el mensaje místico-espiritual y “sanador” de Jesús: sanador de almas, terapeuta de espíritu, buscador del Equilibrio entre lo masculino y lo femenino.

111. Una de las figuras más significativas y que con mayor ardor y crueldad luchó contra el incipiente cristianismo, tanto en Jerusalén como fuera de él –especialmente en Damasco–, fue Saúl, quien, según nos cuenta el *Evangelio de Lucas*, tras sufrir una completa transformación mística con la aparición del mismísimo Jesús, le llevó a decantarse por el cristianismo (que no “convertirse al”, término éste que no es mencionado en los pasajes bíblicos que describen esta transformación), pasando a llamarse Pablo de Tarso.

112. Sobre la existencia real de un posible Jesús histórico, Gonzalo Puente Ojea hace la siguiente reflexión: «La imposibilidad conceptual de saltar de un modo plausible del *Jesús de la historia al Cristo de la fe* constituye una *evidencia interna* –aunque aparentemente paradójica– de la altísima probabilidad de que haya existido un mesianista llamado Jesús que anunció la inminencia de la instauración en Israel del reino mesiánico de la esperanza judía en las promesas de su Dios.» (Puente Ojea, Gonzalo. *El Evangelio de Marcos*. Siglo XXI de España Editores. 1994, p. 10).

Sin embargo, y merced a Pablo, prevaleció la interpretación literal que los Padres –y, tristemente, también los *Hijos*– de la Iglesia se encargaron de difundir por todo el mundo, al tiempo que destruían toda relación gnóstica y misteriosa del verdadero mensaje de Jesús.

La supuesta resurrección⁽¹¹³⁾ de Jesús no fue más que un intento desesperado (aunque tremendamente astuto, en mi opinión) de ciertos seguidores que, obtusos y cargados de suprema ignorancia, habían malinterpretado el bello mensaje místico del Jesús de los paganos⁽¹¹⁴⁾. En la idea de la resurrección se fundamenta la ideología de los cristianos, ya que sin este concepto carecería de sentido todo el cristianismo y la propia Iglesia, tal y como expone Pablo: «*Si Cristo no está resucitado, vana es nuestra predicación y vana también nuestra fe*» –*I Corintios* (15,14)–. Los literalistas jamás consideraron a Jesús como un hombre sabio, un Iluminado, un conocedor de los verdaderos secretos del universo y del origen divino del hombre; sino que fue bautizado, y nunca mejor dicho, con un título que Él nunca hubiera deseado para sí: el Mesías, un mesías combatiente, el libertador de los judíos del dominio romano, el representante (guerrero) de Dios en la tierra. Nada mejor que una resurrección (hecho éste muy manido en la historia de las religiones) para confirmar ante las mentes cegadas por la desesperación y ansiosas de libertad que el hombre ya no es hombre, sino divino; que ya no es hijo del hombre, sino Hijo de Dios, de su dios tribal, inflexible y beligerante, que les enviaba a la tierra a su Sangre para conducir a los

113. Hay que señalar que ninguno de los Evangelios del Nuevo Testamento narra lo sucedido en la resurrección. Sí encontramos una descripción de lo sucedido en el *Evangelio de Pedro*. Sin embargo, este evangelio, al igual que Pablo cuando hace referencia a las apariciones de Jesús resucitado en *I Corintios*, habla de apariciones a “los Doce”. ¿Y Judas? ¿No se había suicidado según nos cuenta *Mateo* (27, 5)? ¿Acaso Pablo y el autor del *Evangelio de Pedro* desconocían este hecho?

114. Es necesario resaltar que el término «pagano» fue acuñado por los cristianos, y denotaba una idea despectiva hacia todos aquellos que no profesaban la doctrina monoteísta que ellos promulgaban. Este término remite al habitante del campo, primitivo y supersticioso, con el que los literalistas englobaban a todos aquellos que profesaran el culto a diversos dioses.

judíos al dominio del mundo conocido⁽¹¹⁵⁾; pues, ¿qué prueba más concluyente que acerque a la divinidad que resucitar a un mortal?

Éste fue el origen de un nuevo movimiento dentro del judaísmo; un movimiento en torno a la figura, ya divina y, en consecuencia, totalmente aceptable, de Jesús. Este hecho, como era de esperar, no fue muy bien acogido por los invasores romanos –que, conociendo sobradamente el carácter agitador de los judíos y su fervor religioso, esperaban nuevas revueltas–, ni por los poderosos de la religión judía, que veían peligrar su hegemonía y su dominio sobre la población. En ese momento es cuando empezaron a surgir los verdaderos problemas. El pueblo judío conocía sobradamente cómo se las gastaba Roma tras la aparición de un nuevo Mesías (“mesías” equivalía a “levantamientos” e “insurrección”). De ahí que existiera una profunda reticencia a la hora de reconocer a Jesús como el nuevo Mesías libertador, condición que sus seguidores pretendían atribuirle.

Pablo, tras arrepentirse de sus persecuciones a los cristianos, regresó a Jerusalén esgrimiendo el *mea culpa* ante los seguidores de Jesús, e implorando su perdón por haber elegido el camino equivocado. Jesús, en su aparición a Pablo, según lo que se nos cuenta en el Nuevo Testamento, le dice que debe difundir el ideal cristiano por todo el mundo, y que a cuantas más personas enseñe el nuevo camino, más almas se salvarán. Pablo se siente el elegido para tal misión, y así se lo transmite a Pedro, quien, según la Biblia, era hasta ese momento la cabeza dominante de la incipiente Iglesia surgida del movimiento cristiano.

El Templo, el gran templo sagrado de los judíos, fundado en el lugar designado expresamente por el Rey David⁽¹¹⁶⁾, era el

115. Dios sólo debería pensar en ellos, sus más abnegados seguidores, cuando dijo en Génesis (15, 18-21): «Aquel día Jehovah hizo un pacto con Abraham diciendo: A tus descendientes daré esta tierra, desde el arroyo de Egipto hasta el gran río, el río Éufrates; la tierra de los queneos, quenezeos, cadmoneos, heteos, ferezeos, refaitas, amorreos, cananeos, gergeseos y jebuseos.» Es decir, prácticamente todo el mundo conocido.

116. El templo fue construido en tiempos de Salomón, tal y como nos cuenta la Biblia en *I Reyes* (6, 1): «Aconteció que Salomón comenzó a edificar la casa de Jehovah en el año 480 después que los hijos de Israel salieron

centro neurálgico y religioso de Jerusalén, y ésta, a su vez, era el centro social-religioso-cultural de la sociedad judía⁽¹¹⁷⁾. Los romanos eran plenamente conscientes de este hecho. Algunos de sus prefectos, especialmente Pilatos, mantuvieron en jaque a todos los miembros de su comunidad, fueron especialmente severos en su dominio sobre Judea y se apoderaron del dinero del Templo. Ésta fue la ciudad que Pedro y sus seguidores eligieron como el comienzo de la era apocalíptica del poder de Dios en la tierra; no en el sentido malinterpretado de apocalipsis como fin del mundo, sino en el real, en el usado en aquella época para designar el fin de las injusticias, de la violencia, de la opresión; en definitiva: el fin del mal en la tierra, que, para el mundo judío, no era otra cosa que la caída del Imperio Romano.

Nos cuenta la Biblia que Pedro y sus seguidores comenzaron a predicar las ideas originales de Jesús (o la interpretación que habían hecho de las mismas), y comenzaron a recoger los bienes de muchos adeptos de la nueva causa cristiana para repartirlos entre los más necesitados. Con esta nueva forma de vida (imitando el supuesto comportamiento de Jesús) pretendían conseguir el nuevo Reino de Dios, el advenimiento del Apocalipsis – en el sentido antes mencionado–; aunque, eso sí, sin olvidar las costumbres judías, tanto alimenticias como festivas. Este hecho condujo a una disputa doctrinal entre Pedro (seguidor fiel de las tradiciones judías) y Pablo (el “apóstol de los gentiles”), tal y como se detalla en la *Carta de Pedro a Santiago* encontrada en el primer conjunto de escritos pseudoclementinos (atribui-

de la tierra de Egipto, en el mes de Ziv, que es el mes segundo, del cuarto año del reinado de Salomón sobre Israel.»

117. Sobre la imagen arquetípica del templo, de cualquier templo en general, Mircea Eliade expone: «La viejísima concepción del templo como *imago mundi*, la idea del santuario que reproduce en su esencia el universo, se ha transmitido a la arquitectura sacra de la Europa cristiana: la basílica de los primeros siglos de nuestra era, así como la catedral de la Edad Media, reproduce simbólicamente la Jerusalén celestial» (Mircea Eliade. *El mito del eterno retorno*. Alianza Editorial/Emecé. 2006, p. 25). Esta «Jerusalén celestial» a la que se refiere Mircea Eliade no es más que la representación imaginaria de una ciudad sin límites, donde el alma humana, una vez redimida, se alcanza a sí misma para así poder encontrar a Dios.

dos a Clemente, uno de los primeros obispos de Roma): «Puesto que algunos entre los gentiles han rechazado mi legítima predicación y han preferido la doctrina absurda y sin ley del hombre que es mi enemigo [en clara alusión a Pablo]. Y de hecho, algunos han intentado, mientras aún vivo, deformar mis palabras con interpretaciones de todo tipo, como si yo enseñara la disolución de la ley...»⁽¹¹⁸⁾.

Con esta forma de vida los cristianos nunca hubieran –al menos aparentemente– destacado en la ciudad en la que vivían, pero, según el *Evangelio de Lucas* (posiblemente escrito en torno al año 80 d.n.e.), en la primera fiesta de Pentecostés (la Pascua judía) tras el fallecimiento de Jesús, «una corriente fortísima de aire inundó la habitación donde estaban todos los fieles reunidos y comenzaron a obrarse milagros entre ellos, especialmente el que les hacía hablar en diferentes lenguas.» Las epifanías ígneas de un dios o del Espíritu Divino eran un tema recurrente dentro de las religiones antiguas –encontramos claros ejemplos en las religiones de Mesopotamia, Irán y la India–. Era la prueba irrefutable: el Espíritu Santo estaba con ellos y hablaba a través de ellos. Éste día, fatídico día, según mi opinión, es el día señalado por los Evangelios como el comienzo de la Iglesia cristiana.

Es en este momento de la historia del cristianismo cuando el suelo desaparece bajo los pies, cuando comenzamos a darnos cuenta de la descomunal mentira que se está forjando en torno a la idea originaria del Jesús de los gnósticos. Es ahora cuando nos topamos con uno de los mayores escollos para creer lo que nos cuenta el Nuevo Testamento. MM. Mangasarian, en relación a la predicación de Pablo, expone: «Si Pablo supiera que Jesús había predicado algún sermón, o formulado una oración, o dicho muchas cosas inspiradas sobre el ahora y el futuro, no habría dejado de citar, ahora y entonces, las palabras de su maestro. Si el cristianismo pudiera haberse establecido sin un conocimiento de las enseñanzas de Jesús, ¿por qué, entonces, vino Jesús a enseñar, y por qué sus enseñanzas fueron preservadas por inspiración divina? [...]. El hecho, por tanto, de que no haya un solo sermón del Jesús de los Evangelios que sea citado por

118. Citado en Ehrman, Bart D. *Simón Pedro, Pablo de Tarso y María Magdalena*. Ed. Crítica. 2007, p. 145.

Pablo en sus muchas epístolas, es inexpugnable, y ciertamente fatal para la historicidad del Jesús de los Evangelios»⁽¹¹⁹⁾.

El personaje de Pablo es, quizás, el más importante de todo el cristianismo –ya que es su primera figura documentable, al menos, hasta la fecha– y uno de los más oscuros, intrigantes y complejos de la historia de la Humanidad. Hombre culto, judío –o idumeo, tal y como sugieren algunos exegetas⁽¹²⁰⁾– de la Diáspora, nacido en la ciudad cosmopolita de Tarso (la capital de Cilicia) entre los años 6 y 10 d.n.e., apocalíptico de visión profética –desilusionado ante el mundo “pecador” de su tiempo y expectante ante el mundo venidero; algo que, indiscutiblemente se refleja en el Jesús de los Evangelios–, políglota y viajero, fue educado en las tradiciones fariseas más ortodoxas⁽¹²¹⁾. Esta enseñanza le convirtió en un “zelota”, un apasionado defensor de la tradición del Antiguo Testamento, un “celoso de Dios” (en el sentido de “apasionado incondicional del dios de los judíos”), lo que le llevó a perseguir con fervor a las comunidades *kristianas* primitivas. Este “celo” se demuestra con claridad en algunos pasajes de sus epístolas, como en *Gálatas* (1, 14): «*Me destacaba en el judaísmo sobre muchos de mis contemporáneos en mi nación, siendo mucho más celoso de las tradiciones de mis padres*», y en *Filipenses* (3, 5-6): «*Circuncidado al octavo día, del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo de hebreos; en cuanto a la ley, fariseo; en cuanto al celo, perseguidor de la iglesia; en cuanto a la justicia de la ley, irreprochable.*»

119. Citado en Acharya S. *La conspiración de Cristo*. Ed. Valdemar. 2006.

120. Como por ejemplo Robert Ambelain en su libro: *El hombre que creó a Jesucristo*, posiblemente uno de los mejores libros que se han escrito sobre la figura de Pablo. En otro de sus libros, expone una interesante reflexión sobre los orígenes del cristianismo: «Toda la historia de Jesús, ‘hijo de David’, no es sino la continuación de una guerra sin piedad, suscitada a la vez por intereses *políticos* y *dinásticos*, conducida por los herederos legítimos del trono de Israel, tanto contra los usurpadores idumeos como contra los ocupantes romanos.» (Ambelain, Robert. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*. Ed. Martínez Roca. 1982, p. 282).

121. Supuestamente, según el libro de los *Hechos*, bajo la dirección de Gamaliel, el influyente escriba y doctor de la Ley, el rabí más conocido de la época.

En realidad no podemos hablar de “conversión”, sino, más bien, de “iluminación”, ya que Pablo no abandona su religión, sino que asume que Jesús es el Mesías y, por tanto, no hace más que continuar con la religión judía verdadera de sus ancestros. Bajo el firme propósito de constituir el imperio espiritual de una nueva religión que le tendría a él como fundador –y que, dado su carácter sincrético, se desarrollaría con facilidad entre los “gentiles” de la cuenca central y oriental del Mediterráneo–, fue el verdadero artífice de la transformación del *kristianismo* místico judío al cristianismo literal y gentil, tomando como punto de partida la crucifixión y la resurrección de Cristo, no en sentido místico o mitológico, sino en un sentido puramente histórico.

2. DOCTRINA Y PENSAMIENTO DE PABLO DE TARSO

Fue Pablo quien, aprovechando el sentimiento de culpabilidad del pueblo judío (generado por el “abandono” de la Ley de Moisés), y ofreciéndoles una alternativa de esperanza en un nuevo mundo (el Reino de los Cielos), puso las bases del cristianismo ortodoxo. Para ello mezcló los relatos de un posible Jesús histórico, aportados por alguno de los llamados “apóstoles” –mejor dicho, de sus discípulos (que éstos sí fueron doce)– o de cualquiera que hablara de un mesías de la época, con las tradiciones místicas de la Antigüedad; esto dio como resultado un sincretismo desconocido hasta la fecha que unificaba una posible realidad histórica de algún personaje de la época con las mitologías más desarrolladas del mundo antiguo.

En honor a la verdad, tenemos que decir que fue Constantino, sus sucesores y los Padres de la Iglesia, quienes realmente perfilaron –adaptándolo a sus propios intereses–, impusieron y propagaron el cristianismo ortodoxo literalista que acabaría por triunfar y por sumir al mundo en una edad oscura de ignorancia y miedo, cargada de Moral, de Culpa y de Pecado. Pablo no fue más que un ideólogo que se aprovechó de la fragilidad

del pueblo judío, de su desesperanza y de sus sentimientos de culpabilidad por haber roto la Alianza con su Dios Padre (por el “abandono” de la Ley de Moisés), para ofrecerles la buena nueva de la redención, la Gracia de la salvación, y una alternativa de esperanza en un nuevo mundo (el Reino de los Cielos) que se conseguiría siguiendo al Mesías, a la *nueva religión* del Hijo. Era ésta una religión que aglutinaba la mayoría de las tradiciones místicas de la Antigüedad, y que se mostraba mucho más piadosa que la del tiránico Padre que tantos sufrimientos les había ocasionado.

3. EL PABLO LITERALISTA Y ORTODOXO

Las opiniones sobre la persona de Pablo son tremendamente dispares. Algunos lo consideran el verdadero falsificador del mensaje de Jesús, que mezcló, fusionó y recopiló en un compendio sin orden ni concierto –y que consignó en lo que serían las epístolas del Nuevo Testamento–. Pablo se sirvió de toda una serie de divinidades del mundo antiguo con un fatídico resultado que los literalistas de la Iglesia siguieron a rajatabla. Según Nietzsche, quizá uno de los detractores que con mayor dureza le ha atacado: «Dios, tal como Pablo lo creó, es la negación de Dios... Pablo, el odio hecho carne, hecho genio, el judío eterno *par excellence*, con la ayuda del pequeño movimiento sectario de los cristianos, adivinó el modo, al margen del judaísmo, de producir el ‘incendio mundial’ [la caída del Imperio Romano]. Comprobó que, mediante el símbolo de Dios en la cruz, se podía aglutinar en un poder enorme todo lo que se encontraba abajo, todo lo que era secretamente rebelde, la herencia entera de las intrigas anarquistas del imperio. *La salvación viene de los judíos* (el cristianismo como fórmula para sobrepasar los cultos subterráneos de toda especie, los de Osiris, los de la Gran Madre, los de Mithra, por ejemplo) y para aglutinarlos: en haber entendido eso consistió el genio de Pablo»⁽¹²²⁾.

122. Nietzsche, Friedrich. *El Anticristo*. Alianza Editorial. 2004.

La figura de Pablo, tal y como se nos muestra en algunas de sus cartas, especialmente las manipuladas por los literalistas de la Iglesia, es realmente muy oscura. Encontró la forma de acoger en su doctrina clases sociales tan dispares como la de los esclavos y la nobleza. A los primeros se los ganó con la idea de que los que sufren serán los únicos que podrán entrar en el Reino de los Cielos⁽¹²³⁾. A los segundos se los ganó tras conseguir la sumisión y la obediencia plena del esclavo –ya convencido de que, desde el sufrimiento, era más factible encontrar la vida eterna–. Además, con esta sumisión dócil del hombre que promulgaba Pablo, en la que se reprobaba la deslealtad y la rebelión de los soldados, consiguió el apoyo incondicional de los generales y los emperadores, que vieron en su doctrina (“revisada” según los intereses eclesiásticos) la fórmula idónea para mantener su poder sobre las masas ignorantes. Y, sobre todo, con el temor, con el miedo a Dios, a su justicia implacable, al castigo eterno, la Iglesia atemorizó a todos los hombres inundándoles con un profundo sentimiento de pecado, donde el placer siempre fue sinónimo de culpabilidad, e imponiéndoles unos imperativos morales y dogmáticos a cambio de una vida eterna y de la exclusividad en el Reino de los Cielos.

Miguel Serrano resume la importancia del personaje de Pablo de la forma siguiente:

«Pablo comprendió que en una lucha frontal con el Imperio Romano iba perdido. El astuto plan iba diri-

123. Tal y como se relata en su carta a los *Efesios* (6, 5-8): «*Siervos, obedeced a los que son vuestros amos en la tierra con temor y temblor, con sinceridad de corazón, como a Cristo; no sirviendo sólo cuando se os esté mirando, como los que quieren quedar bien con los hombres, sino como siervos de Cristo, haciendo la voluntad de Dios con ánimo. Servid de buena voluntad, como al Señor, no como a los hombres, sabiendo que el bien que haga cada uno, eso recibirá de parte del Señor, sea siervo o libre.*»

Cabe añadir que el Corán, en su interpretación jurídica, desaprueba la igualdad entre los hombres y parte de la premisa de que la desigualdad es una voluntad divina. Existe una aleya que posee un significado semejante al citado pasaje de los *Efesios*: Azora XVI, aleya 73: «*Dios ha favorecido, en dones, a unos más que a otros. Pero quienes fueron favorecidos no retransmiten su don a lo que posee su diestra, los esclavos. Éstos son iguales. ¿Negarán el beneficio de Dios?*».

gido a crear una nueva fe, apoderándose de los símbolos romanos, entrando en el bagaje espiritual de Mithra para luego destruirlo [...]. Pablo estaba lo suficientemente informado como para ponerse a fabricar todos los sincretismos necesarios: doctrinas esenias e hindúes, budismo, osirismo, isismo (de Isis), gnosticismo, y, en especial, el *Khristos* griego [...]. El andamiaje estructural y simbólico ha sido plagiado de Mithra. Lo demás lo haría el Arquetipo de Piscis, ya casi encarnándose. Para dejarlo todo más a tono con la Era zodiacal, Pablo afirmaría que los discípulos de su 'Mesías' eran 'pescadores' [...]. Dos fueron los conceptos fundamentales que Pablo introdujera en la nueva religión de Piscis. El cristianismo de Pablo introdujo la idea del *Pecado Original*⁽¹²⁴⁾ de todos los hombres [...]. El segundo postulado consistió en la *igualdad de todos los hombres y de todas las razas*. Estas dos premisas eran absolutamente falsas e inventadas por el judaísmo, que nunca ha creído en ellas [...]. Los persas, los hindúes, los egipcios; los griegos, jamás conocieron ese sentimiento de inferioridad que el judío traspasó con el dogma del Pecado Original, infestando al mundo con el sentimiento de *culpa*⁽¹²⁵⁾.

Pero la invención paulina no consistió solamente en la creación de una soteriología expiatoria, fundamentada en la figura de un Jesús redentor de todos los males de la Humanidad, sino también en la creación de un sacramentalismo místico totalmente desconocido dentro del judaísmo, sentando los cimientos, mediante el bautismo y la eucaristía, de un monopolio sacerdotal que sería el pilar en el que se sustentaría el poder eclesiástico.

124. Ver nota XXIII de Notas Complementarias.

125. Serrano, Miguel. *La resurrección del Héroe*. Edición electrónica.

4. EL APÓSTOL DE LOS GNÓSTICOS

La segunda vertiente a la que han conducido los escritos de Pablo es totalmente opuesta a las anteriormente mencionadas, y propone una interpretación gnóstica de su mensaje (reflejado en las cartas de los Corintios), según la cual Pablo –llamado también el «apóstol de los gnósticos»– pretendió difundir la idea gnóstica inicial del cristianismo –o, tal vez, un gnosticismo propio–, defendiendo la no existencia de un Jesús histórico y carnalizado. Una tesis que apoya esta vertiente se sustenta en que fue Marción⁽¹²⁶⁾, un maestro gnóstico de gran importancia, quien presentó en Roma las cartas de Pablo⁽¹²⁷⁾ (todas las que recoge el Nuevo Testamento actual, menos las pastorales) junto con su propio evangelio, el *Evangelion* (que no es más que una versión del *Evangelio de Lucas*). Marción fue, además, el primer cristiano que compiló un “canon” de las escrituras en el que agrupó aquellos textos que, en su opinión, eran los verdaderamente sagrados para la fe. En realidad, fue este hecho el que motivó a la Iglesia a imitarle en la búsqueda de un canon propio, pues contar con una norma escrita de doctrina básica en la que fundamentar su poder, una “regla de fe”, fue algo que los ortodoxos estimaron de vital importancia para sus propios intereses. Un interés en controlar las Escrituras que puede leerse con claridad en *II Pedro* (1, 16), donde se sientan las bases del control de los textos “sagrados” por parte de la Iglesia: «*Porque os hemos dado a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo, no siguiendo fábulas artificiosas, sino porque fuimos testigos oculares de su majestad.*»

En realidad, podemos suponer que la Iglesia no “eliminó” a Pablo del cristianismo tachándolo de hereje, ya que fue la primera figura documentable del movimiento cristiano. Tan sólo fue necesario “retocar” ciertas cartas y añadir algunas nuevas para enmascarar el posible carácter gnóstico de Pablo y de sus seguidores. Valentín, otro gnóstico de gran relevancia de

126. Ver nota XXIV de Notas Complementarias.

127. Las diez epístolas que entregó, y que formaban el *Apostolicon*, los textos cristianos más antiguos, fueron: *I y II Gálatas, Corintios, Romanos, I y II Tesalonicenses, Colosenses, Efesios, Filipenses y Filemón*.

mediados del siglo II, también apoyó la tesis de un Pablo gnóstico que iniciaba a los elegidos –algo totalmente contradictorio con el cristianismo “universal” de la Iglesia– en los misterios más profundos y ocultos del verdadero cristianismo: el *kristianismo* gnóstico (o, más correctamente, en los *kristianismos* gnósticos, pues hubo decenas de ellos).

5. ¿LITERALISTA ORTODOXO O GNÓSTICO?

Para analizar en profundidad estas posturas totalmente contradictorias de Pablo (literalista ortodoxo o gnóstico) debemos estudiar con cierto detenimiento las cartas de Pablo que encontramos en el Nuevo Testamento. De hecho, es muy significativo que en ellas no haya referencias a personajes tan importantes dentro del cristianismo como Juan el Bautista o Poncio Pilato, o que apenas si se mencione nada de la vida de Jesús antes de su muerte, hecho éste que puede dar una idea de que, para Pablo, lo único importante había sido su muerte y resurrección: un sacrificio de Jesús por los pecados de los hombres a través del cual Dios se habría reconciliado con el mundo.

Es aceptado por muchos historiadores que no todas sus cartas son auténticas⁽¹²⁸⁾. Generalmente se admite que sólo siete lo son: *I Tesalonicenses* (49/52), *I Corintios* (52/54), *Filipenses* (52/54), *Filemón* (52/54), *II Corintios* (54/55), *Gálatas* (54/55), *Romanos* (54/55). Las epístolas llamadas «pastorales», es decir, las cartas a Timoteo y Tito, donde se muestra a Pablo como organizador de la Iglesia y abiertamente contrario a los gnósticos, son falsas. Estas cartas, pues, fueron creadas –al menos eso es lo que nos dice el sentido común– por los ortodoxos de la época (finales del siglo II, momento en el que el obispo Ireneo⁽¹²⁹⁾ las dio a conocer) para contrarrestar la imagen gnós-

128. Para un análisis en profundidad de las epístolas de Pablo, puede leerse el excelente ensayo de C.J. den Heyer: *Pablo, un hombre de dos mundos*. Ediciones El Almendro. 2003.

129. Este obispo se convirtió una de las peores lacras para el *Kristianismo* gnóstico, pues fue uno de los máximos defensores de la ortodoxia

tica de Pablo que aparece oculta en alguna de sus cartas. Una imagen especialmente visible en los textos encontrados en Nag Hammadi del *Apocalipsis de Pablo*, la *Oración del Apóstol San Pablo*, y, sobre todo, en el *Apocalipsis de Pablo*, donde se relata que Pablo “ascendió” hasta el “décimo cielo” acompañado del Espíritu. Ascensiones éstas que sólo eran propias de gnósticos iniciados en los misterios interiores. Esta teoría se apoya si tenemos en cuenta que el propio Eusebio de Cesárea, en su *Historia Eclesiástica*, nos dice que las cartas de Pablo fueron «brevísimas»: «Por eso Pablo, de todos el más hábil para preparar discursos y el de pensamiento más poderoso, no nos dejó por escrito más que brevísimas cartas.» (Libro 3, XXIV, 4). Esto nos indica que las cartas originales de Pablo debieron ser manipuladas, alteradas y ampliadas por los copistas y los Padres de la Iglesia según las necesidades del momento.

Personalmente, opino que Pablo fue un personaje histórico que, en sus inicios, fue un gnóstico que creó la figura de un Jesús mitológico fundamentando la construcción de su personaje en todas –o, al menos, en todas las que conocía– las tradiciones místicas y esotéricas de la Antigüedad, y, quizás, basándose en el modelo de algún hombre considerado mesías de su pasado reciente. Un modelo al que fue agregando de su propia cosecha todos los ideales a los que se refieren los autores antes citados para dar mayor peso a sus argumentos y para conseguir que la “mayoría” de la población judía, que se sentía oprimida y frustrada por la opresión y la conquista romana, se uniera a su fe. Posteriormente, los literalistas de la Iglesia añadieron algunas cartas “menos” gnósticas que las que inicialmente escribió

de la Iglesia y de la interpretación literal de las escrituras mediante su “canon de la verdad”, que constituiría la base para los credos ortodoxos y las normas y directrices a seguir para una “correcta” interpretación de los textos sagrados (alejadas lo más posible de las interpretaciones gnósticas, en especial de las corrientes valentinianas). Fue el padre de la creación del Nuevo Testamento tal y como lo conocemos. La frase que se le atribuye: «Fuera de la Iglesia no hay salvación» es la idea principal sobre la que se asienta el ideal *crístico* de la Iglesia. Según Ireneo, la Iglesia debía ser *católica*, es decir, universal. Todo aquel que no comulgara con esos ideales sería considerado *hereje*, idea ésta de la que ya conocemos sobradamente las consecuencias...

Pablo, para argumentar sus teorías ortodoxas y para que así pudieran conducirles al fin que se proponían: crear unos argumentos “creíbles” que “demostrarán” la existencia de un Jesús histórico, un Hijo de Dios, un Mesías, que les redimiría y les libraría de todo dolor y sufrimiento... Pero esta redención se conseguiría siempre y cuando, y ahí estaba la clave fundamental, se siguieran a rajatabla las normas que ellos, los literalistas, impusieran. Unos literalistas que se convirtieron en los Padres de la Iglesia, en la alta jerarquía de la Iglesia, en los ansiosos de poder que manipulaban y se “dejaban manipular” según sus propios intereses para conseguir lo que en realidad pretendían: poder, exclusivamente poder. Y para ello nada que mejor que afianzar sus pretensiones en lo único que retiene al hombre varado en el mar de la esclavitud: la ignorancia y el miedo.

De lo que sí estoy plenamente convencido es de que todos estos personajes –apóstoles, evangelistas, en definitiva, predicadores de la “palabra de Dios”–, protagonistas de la mayor mentira, del mayor cuento jamás contado, bien tuvieron origen mitológico o bien sus palabras fueron moldeadas, malinterpretadas, e incluso inventadas con posterioridad según las necesidades de la Iglesia. En mi opinión, Pablo no fue más que el personaje que aglutinó los ideales judaicos de la época: usurpadores de otras culturas, extremistas, apocalípticos, desoladores. Unos ideales que fueron representados por los nuevos judeo-cristianos ansiosos de poder, y que resumieron y concentraron en una única figura –la de Jesús, pero absolutamente deformada respecto del original gnóstico– todos sus egocéntricos planes de dominio y poder sobre la masa ignorante; una masa deseosa de un redentor que les elevara hacia el poder supremo del pueblo elegido para el que, supuestamente, según el Antiguo Testamento, habían nacido.